

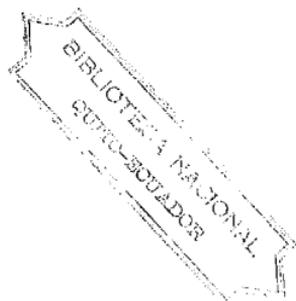
Biblioteca Nacional

ENCIDA

LIBRO PRIMERO

TRADUCCIÓN DE

N. Clemente Ponce



QUITO

Imprenta y Encuadernación de JULIO SÁENZ R.

TIPÓGRAFO — EDITOR

24, Carrera Mideros, 24

1913

Arzobispado de Quito

Señor Doctor

Dñ. N. Clemente Ponce

En la ciudad

Mi muy apreciado Señor:

Con mucho cuidado y con la debida atención, he vuelto a leer en los pliegos impresos la *Traducción del Libro Primero de la Eneida*, que Ud. tuvo la amable condescendencia de permitirme que leyera, cuando el trabajo de Ud. estaba todavía en manuscrito; y no puedo menos de felicitar a Ud. por la destreza con que ha logrado llevar a cabo una empresa literaria, tan ardua y tan difícil, como es traducir a Virgilio, y traducirlo en versos castellanos.

Uno de sus aciertos ha sido, sin duda, la elección del metro: ha prescindido Ud. de la clásica octava real, en la que se hubiera condenado Ud. necesariamente a parafrasear el texto del poeta: ha dejado a un lado el verso endecasílabo libre, en el que lució su ingenio don Ventura de la Vega, traduciendo, con bastante galanura y desembarazo, este mismo libro primero; y ha preferido Ud. la combinación conocida con nombre de *Silva* en la métrica castellana.

De los tres sistemas de versificación, empleados para traducir la *Eneida*, me parece que la *silva*, aunque no carece de inconvenientes, con todo, es la que se presta más, así para interpretar el pensamiento del poeta, como para no privar a la versificación del halago de la rima. También en la *silva* se halla expuesto el traductor a parafrasear los pensamientos del poeta, a dar al estilo una cierta amplificación opuesta a esa concisa y admirable sobriedad, que caracteriza el lenguaje poético de Virgilio.—Esa sobriedad, esa precisión mediante las cuales Virgilio dice, con pocas

pero muy bien escogidas expresiones, todo cuanto era necesario decir, y lo dice hermosamente, sin que ni una sola palabra esté por demás, y sin que asimismo falte nada para que el pensamiento quede expresado con exactitud, con naturalidad y con hermosura.

Nota que Ud. ha procurado en su traducción acercarse, en cuanto le ha sido posible, dada la diversidad de índole entre la lengua latina y la lengua castellana, a la austera elegancia del estilo virgiliano: ha comprendido Ud. bien el texto, lo ha interpretado con fidelidad, y en algunos pasajes sale Ud. airoso, venciendo las dificultades casi insuperables de una buena traducción.

El primer deber de todo traductor es elegir una edición correcta del texto, que intenta traducir: según se deduce de la comparación de su traducción con el texto latino, Ud. ha tenido delante la esmerada edición de Benoist. En el texto de Virgilio es indispensable atender con cuidado a la puntuación, a fin de interpretar con exactitud el pensamiento del poeta. Ha

BIBLIOTECA NACIONAL DEL ECUADOR
EUGENIO ESPEJO

cumplido, pues, Ud. con acierto este deber de traductor, lo cual manifiesta la concienzuda diligencia con que Ud. ha procedido en su fatigosa empresa de traducir a Virgilio.

No sin una agradable sorpresa supe que Ud. se ocupaba en traducir en verso el primer Libro de la Eneida, y mi sorpresa provino del olvido en que el estudio de los escritores clásicos latinos ha caído, por desgracia, entre nosotros: ahora, cuando veo ya terminada e impresa su traducción, felicito no sólo a Ud. por el buen éxito de su trabajo, sino a las letras ecuatorianas, enriquecidas y honradas con la traducción de Virgilio llevada a cabo por Ud.

La crítica vendrá: espérela Ud. Si ella fuere imparcial e ilustrada, acate Ud. sus juicios; mas, si fuere hiriente y maléfica, ármese Ud. contra sus libros, con las palabras de Fray Luis de León, quien, hablando de sus propias traducciones de Virgilio, dice: "De lo que es traducido el que quisiere ser juez, pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua

“extraña en la suya, sin añadir ni quitar
“sentencia, y guardar, cuanto es posible, las
“figuras de su original y su *domaire*, y
“hacer que hablen en castellano, y no como
“extranjeras y adreñedizas, sino como na-
“cidas en él y naturales. Lo cual no
“digo que he hecho yo, ni soy tan arro-
“gante; mas he lo pretendido hacer, y así
“lo confieso, y el que dijere que no lo he
“alcanzado, haga prueba de sí, y entonces
“podrá ser que estime más mi trabajo.”—
Así se expresaba el gran lírico e insigne
maestro salmantino, en el prólogo de su
colección de composiciones poéticas.

Reiterando a Ud. mi felicitación,
por el buen éxito de su traducción, me
suscribo

de Ud. atento y seguro servidor.

† Federico,
Arzobispo de Quito.

Quito, 12 de Diciembre de 1912.

ENEIDA

LIBRO PRIMERO

SUMARIO

Proposición.—**Invocación.**—Comienza la narración:—Cartago, ciudad predilecta de Juno y donde ella pretende establecer el centro de su imperio universal.—La Diosa ha oído rumores de que un pueblo poderoso, de origen troyano, destruiría la lãbia: causas de su odio a los troyanos.—Muchos años tiene errantes en el mar, lejos del lacio, a los troyanos que sobrevivieron a la ruina de Troya.—Quejas de Juno cuando las naves troyanas zarpan de Sicilia para Italia.—Acude en seguida a la Eolia a implorar contra ellos el favor de Eolo.—Descripci3n de la Eolia.—Discurso de Juno a Eolo.—Contestaci3n de este.—La tempestad.—Súplica de Eneas.—Atracia la tormenta: sus estragos.—La apacigua Neptuno.—Los troyanos hacen rumbo a las costas de Africa.—La bahía a donde llegan, y la gruta de las ninfas.—Saltan los naufragos a tierra.—Sube Eneas a la cumbre de una roca, para ver si asoman sus compañeros perdidos.—Caza siete ciervos, y los lleva y distribuye a su gente.—Discurso de Eneas.—Los troyanos hacen su rancho.—Discurren luego acerca de la suerte de sus compañeros naufragos.—Mira Júpiter desde lo alto del Olímpo el mar y sus costas, y fija especial

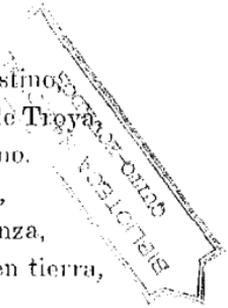
atención en la Libia.—Acude Venus a él.—Clamores de la Diosa.—Júpiter la responde revelándole el porvenir de Eneas y el de Roma.—Envía a Cartago al hijo de Maya, a fin de que Dido no rechace a los troyanos.—Eneas, acompañado de Acates, sale a recorrer las desconocidas riberas.—En medio de la selva se les aparece Venus, vestida de cazadora.—Palabras que les dirige. Respuesta de Eneas.—Vuelve Venus a hablarles, y les relata brevemente la fundación del reino de Cartago y la historia de su reina, Dido.—Les pregunta, por fin, de dónde vienen y a dónde van.—Eneas la refiere el infortunado viaje que está haciendo desde Troya en busca de Italia.—Le interrumpe Venus y le hace pronósticos favorables, valiéndose de una hermosísima comparación.—Reconoce Eneas a su madre, cuando ella huye, y la sigue con sus quejas.—Venus cubre a Eneas y Acates con un nebuloso velo, para que ocultos continúen el viaje a Cartago, y se vuelve a Pafos, donde tiene su morada.—Eneas y Acates siguen hacia Cartago, y ascienden a la colina que domina la ciudad. Eneas admira la grandeza de Cartago.—Descripción de los trabajos de los tirios: se los compara con los de una colmena.—Eneas avanza al centro de la ciudad.—El templo de Juno.—Eneas, mientras espera a Dido, recorre el templo y admira sus maravillas.—Encuentra en él cuadros que representan escenas de la guerra de Troya.—Palabras que dirige a Acates.—Indícase algunas de aquellas escenas.—Dido se dirige al templo de Juno.—Instalada en él, dase a ejercer sus funciones reales.—De improviso entran muchos troyanos de aquellos que la tempestad dispersó en el mar, separándoles de Eneas. Asombro y vacilaciones de Eneas y Acates, que, velados por la nube, les observan y escuchan.—Discurso de Ilioneo a Dido. Contestación de la Reina.—Acates apostrofa a Eneas.—Rompen los dos la nube que les oculta, y se presentan. Describese brevemente a Eneas.—Discurso de Eneas.—Respuesta de Dido.—Atiende la Reina al alojamiento de Eneas y sus compañeros, y no se olvida de los troyanos que esperan en la orilla del mar.—Eneas ordena a Acates que vaya a anunciar a Ascanio lo sucedido y que le conduzca a la ciudad.—Ordénale también que traiga las preseas salvadas de Troya.—Nuevos planes de Venus.—Los comunica a Cupido.—Venus adormece a Ascanio y le lleva al monte Idalio.—Cupido, con la apariencia de Ascanio, va a Cartago, conducido de Acates, y alcanza al banquete con que Dido obsequia a Eneas.—El banquete y la velada que le sigue.



CANTO empresas marciales,

Y al héroe que, por fuerza del destino,
Fue el primero que huyendo, desde Troya,
A las costas del Lacio, a Italia vino.
Al poder de los dioses inmortales,
De la implacable Juno por venganza,
Cuánto sufrió en la mar y sufrió en tierra,
Cuánto en perfiada guerra,
Hasta fundar ciudad, trayendo al Lacio
Los penates de Ilión: así surgieron,
Con el pueblo latino,
El regio cetro albano
Y el alcázar de Roma soberano.

(1—7)



Revélame tú, oh Musa!
Y dame la escondida
Causa de tanto mal. ¿Qué sacrilegio,
Cuál ofensa a la Reina del Olimpo
Al rigor entregó de maldecida
Suerto al varón en la virtud egregio,
Y a tantas penas condenó su vida?
Acaso furias talos
En pechos celestiales?

(8—11)

Desde remoto día,
De colonos de Tiro navegante
Una ciudad había,
Cartago: opulenta y laboriosa:
Frente a frente de Italia, si distante
De las bocas del Tíber: a la guerra,
Acérrima en el arte y la osadía.
Por ella, corre fama que la Diosa,
Amándola entre todas las ciudades,
Pospuso a Samos, su querida tierra.
Allí sus armas tuvo y carro alado,
Y alentando su anhelo pretendía
Que de allí se extendiese sobre el mundo
— Consintiéndolo el hado —
Perpetuo en las edades,
Su imperio sin segundo.

(12—18)

Mas ella oído había que una gente
De la estirpe troyana
Las tirias fortalezas destruiría:
Que un pueblo originado
De esa raza, en la guerra prepotente,
De imperio dilatado,
La Libia arruinaría:
Que tal la trama de las Parcas era.
Y tomándolo, la hija de Saturno
Recordaba la guerra que, a su turno,
Por sus caros argivos,
Llevara la primera
A la remota Ilíon, en celos vivos.
En el alma guardaba los rencores
De su ira vengadora y los motivos;
Y aun sentía en el alma lacerada
Acerbos sus dolores:
Que hondamente grabada
Le vivía en el pecho la memoria
De cómo, con ultraje a su belleza,
No menos que a su gloria,
Fué en el juicio de Paris desairada;
Y por siempre a la vista de la Diosa,
De enojo y de rencor mantenedores,
Estuvieron presentes los honores
A Ganimedes, y de Troya odiada
La raza belicosa.

Inflamada con tales sentimientos,
Del ponto en las desiertas soledades,
A merced de contrarios elementos,
Lejos tuvo del Lacio a los troyanos
Que así sobrevivieron
De los griegos y Aquiles, a las fieras
Vengadoras crueldades:
De una mar a otra mar errantes, fueron,
Sin rumbo ni camino,
Muchos años juguete del destino.
Empresa sobrehumana
La fundación de la nación romana!

(29. - 33)

No bien las fugitivas carabelas,
Perdiéndose de vista de Sicilia,
A favorable viento
Alegres daban ondulantes velas,
Y rompían sus proas las espumas
Del líquido elemento;
Cuando, sintiendo la incurable herida,
Tal exclamaba para sí la Diosa:
"Vencida yo, renunciaré a mi intento?
¿No tendrá fuerza mi divina mano
Para alejar de Italia
Al príncipe troyano?
¿Sin duda me lo impida
El destino fatal? ¿Y poderosa

Palas no fué para incendiar la armada
 De los argivos, y en la mar airada
 Hundirles, solamente
 Por la culpa de un hombre,
 Y quizá los delirios de un demente,
 Áyax, hijo de Oileo?
 Todo en ella a medida del desco!
 Lanza ella misma de la esfera ignota
 De Júpiter la rápida centella:
 Desbarata la flota:
 Agita el mar a temporal deshecho;
 Y al griego delincuente,
 Que arroja aun llamas del horido pecho
 Y a compasión provoca,
 Le toma en torbellinos y le estrella
 Contra los riscos de afilada roca!
 Y yo, la de los dioses soberana,
 De Júpiter esposa al par que hermana,
 En vano tantos años
 A una sola nación hago la guerra!
 Y ¿quién ya a Juno adorará en la tierra?
 ¿Qué suplicante habrá que en sus pesares
 Acuda con ofrenda a mis altares?"

(34—49)

Revolucionado la Diosa estas razones,
 En su ánimo irritado,
 Voló a Bofia, país de las tormentas,
 De los furiosos austros y aquilones.

El rey Eolo, en antro dilatado,
 Allí las tempestades turbulentas
 Y los rebeldes vientos,
 En abismo profundo
 Sujeta y aprisiona. En loca zaña
 Robraman en violentas contorsiones,
 Tras la barrera que les cierra al mundo,
 Y con estruendo tiembla la montaña.
 Mas, imperando desde excelsa altura,
 Y con su cetro sólo,
 De sus furentes súbditos Eolo
 Apacigua la indómita bravura.

(50—57)



Si así no los tuviera encarcelados,
 En furibundo vuelo,
 Por entre los espacios infinitos
 Barrieran, desalados,
 La tierra, el mar, el cielo.

(58—59)

Para evitarlo, el Padre omnipotente
 En oscuras cavernas aherrójoles;
 Sobre ellos puso las inmensas moles
 De las montañas, y el leal imperio
 De rey que suavemente,
 Y concertado a superior mandato,
 En arduo ministerio,

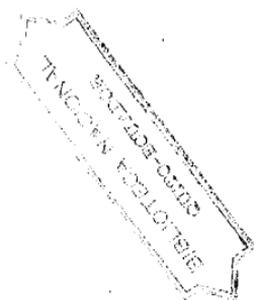
Ya enfrena, ya da rienda al arrebato
De universal tormenta en cautiverio.

(60---63)

A él Juno entonces le clamó a estas voces:

“Eolo (ya que el Padre de los dioses
Y Rey de los mortales
Te dió el poder de apaciguar las ondas
Y el de alzarlas con fieros vendavales):
El pueblo mi enemigo
A velas llenas surca el Mar Tirreno;
La ya vencida Ilión y sus vencidas
Deidades va consigo
Llevándose a la Italia. De tus hondas
Cavernas lanza al punto en desenfreno
Vientos de tempestad, que ya en el seno
Sepulten de las aguas
Las naves sumergidas;
O echándolas a opuestas direcciones,
En la mar sólo dejen, esparcidas,
De sus restos apenas las fracciones.
Divinalmente bellas
Tengo catorce niufas en mi corte:
La más hermosa de ellas,
Mi Deyopeya, la de pecho ardiente,
Será en connubio eterno tu consorte;
Y así ella unida a ti, perpetuamente,
De tu mérito en premio a la excelencia,
Te hará padre de hermosa descendencia.”

(64---75)



Eolo respondiéndola: "Tu cuidado,
Oh Reina, sólo sea
Descifrar los secretos de tu anhelo;
A mí, deber sagrado
Hacer lo que has mandado:
El reino todo, el cetro — mi presea —
Por tu merced son míos,
Y de Jove el favor gozo en el cielo:
Por ti me siento al divinal banquete,
Y hacen por tí del mundo mi juguete
Estos vientos bravíos,
Estas sombras violentas,
Estas nubes preñadas de tormentas."

(76 — 80)

Lo dice, y con la punta de su lanza
A un lado aparta el cavernoso monte:
Al punto por la puerta
Que así les deja abierta,
Los vientos en tropel se precipitan,
Y hasta el vago confín del horizonte
La tierra en raudos torbellinos agitan.
Al agua echados, a consigna cierta,
Solevantán el mar, de lo profundo,
Euro y Noto y el Africo, fecundo
En tempestades: líquidas montañas
Contra la costa en pavoroso amago
Rompiéndose, vomitan el estrago

Que engendró la tormenta en sus entrañas.
 Ahí los clamoreos
 De los descaecidos tripulantes,
 Mezclados de las jarcias al chirrido.
 De súbito las nubes vacilantes
 Les privan por instantes
 Del cielo y de la luz á los troyanos:
 Noche negra en el ponto se ha tendido.
 Retumba el polo, vibra centelleos
 El éter encendido:
 Sobre todos, y en todo, dondequiera,
 El poder de la muerte sólo impera.

(81 — 91)

Ya siente Eneas que sus miembros laxa
 El frío de la muerte;
 Y suspirando, al cielo
 Con el supremo anhelo
 Extiende suplicantes ambas manos,
 Y exclama de esta suerte:
 "¡Cuán de veras felices mis hermanos
 Que a vista de sus padres
 Arrostraron la muerte y sucumbieron
 Al pie de los alcázares troyanos!
 Cómo fué, oh entre los griegos el más fuerte,
 Diomedes valeroso,
 Que al golpe de tu diestra no quedara
 En el campo famoso
 De mi Ilíon? Cómo fué que no exhalara

Esta alma allá, en mi patria, do murieron
Sarpedón el insigne, y al embate
De Aquiles, Héctor, fiero en el combate?
Ay! allá, donde el Simois todavía
Arrastra en su corriente,
Revolviendo en sus ondas, destrozados,
Escudos, yelmos, cuerpos esforzados
De la troyana gente!"

(92 - 101)

Así se queja Eneas, y a la hora
Arrecia la tormenta bramadora,
Por Aquilón violento
Que va contra las velas y levanta
Las ondas en furor al firmamento.
Ya se rompen los remos, ya la prora,
Abate el rumbo, y las desviadas naves
Dan a las crespas olas el costado.
Las aguas en seguida
Se alzan en monte enorme y escarpado.
Arrebatados a la móvil cumbre,
Penden únos: y abriéndose las olas,
A ótros muestran, a rápida vislumbre,
El fondo alborotado,
Donde al calor que los abismos llena
En negro borbollón hierve la arena.

(102 - 107)

Tres navos Noto da contra las rocas
Que en medio están latentes
-- Escollo a flor del agua en estos mares,
Que de Italia las gentes
Llaman ahora altares —
Y contra sirtes de alta mar el Euro
— Oh miserable escena —
Arroja tres navíos;
Les estrella en bajíos,
Y encallan enterrándose en la arena.

(108 - 112)

De vértice encumbrado
Cae, viéndolo Eneas, en la popa
Del triste barco en que esperanza fundan
Orontes y los licios auxiliares,
Un líquido peñón, desvencijado
De vientos al soplar aquilonares:
Rómtese al golpe en ondas que circundan
La desolada nave;
Y en ellas mismas al audaz piloto,
Fijo en el puesto que a su oficio cabe,
Le lanza, en vueltas, la cabeza al pecho,
El enorme turbión así deshecho.
Luégo al bajel ya roto,
Las olas en seguido remolino,
A rabia y fuerza junto,
Con rapidez de rauda torbellino,

Por espiral le traen que fenecé
En un punto no más Y en él, al punto
Tragado por el mar desaparece!

(113--117)

Del abismo insondable en la llanura,
Acá y allá divisanse nadando
Algunos navegantes;
Y acá y allá flotantes,
Maderos, armas, restos sin ventura
Del tesoro de Troya venerando.

(118--119)

Y venció ya el furor del oceano
De lioneo la nave resistente,
De recia contextura,
La de Acates valiente,
Y las de Abas y Aletes el anciano:
Disuelta de los flancos la juntura,
Todas ellas agua hacen,
Y se hunden y se abren y deshacen.

(120—123)

Neptuno en tanto siente
Que el mar treme en bramidos furibundos,
Y la suelta borrasca que lo agita
Todo, desde los senos más profundos:
Si a indignación se irrita,
Tranquilo, en apacible continente

De augusta gentileza,
Alza de entre las ondas la cabeza,
Dominando a mirada providente
La inmensidad del piélago infinita.

(124—127)

Dispersa en ella y rota
Ve de Eneas la flota,
Y a los míseros teucros sucumbiendo
Del mar a los amagos
Y del cielo deshecho a los estragos;
Y en el caso horrendo
Latentes ve Neptuno
Los artificios y el furor de Juno.

(128—130)

A su presencia llama
A Céfito y a Noto;
Y presentes, así exclama:
“¿Fué acaso vuestro origen fundamento
A tan grande osadía?
La tierra a confundir y el firmamento
Y a alzar aquí, en mi imperio, estas montañas,
Os atrevisteis, vientos, sin mi voto?.....
Yo a vosotros.....! Mas antes la obra mía
Sea imponer la calma a mi elemento.
Después vuestras hazañas
De ignota rebeldía
Un castigo tendrán también ignoto.

Apresurad la fuga,
Y a vuestro Rey decid: no a él la suerte,
A mí me dió el imperio de los mares,
Y a sujetarles el tridente fuerte.
Las roqueñas cavernas dilatadas,
Mansión profunda de los vientos, Euro.
Son de Eolo el dominio y reino oscuro:
Que allá se agite, y rija a su albedrío
Las cárceles cerradas
De vuestra furia al ímpetu bravío. ”

(131—141)

Dijo, y a sus palabras, de repente,
Aun antes que concluyen.
A una se aplanan las hinchadas ondas,
Las densas nubes se disipan y huyen,
Y el sol de nuevo muéstrase fulgente.
De entre agudos escollos
Desencallan a esfuerzo coagente
Tritón y Cimotoe los navíos;
Con el divo tridente
El Dios mismo les alza; los bajíos
Con él abre; a la sobrehaz de pronto
Libres resurgen las sumidas naves;
Apaciguase el ponto,
Y por cima las olas que se rizan
Levísimas y suaves
Las ruedas de su carro se deslizan.

(142—147)

Cuando las turbas se alzan sediciosas,
De inmenso pueblo en general tumulto,
Y en ambiente de alarmas
La plebe innoble con procaz insulto
Inflama las pasiones más rabiosas ;
Ya lanzan piedras y se cruzan teas,
Que el furor suministra a todos armas :
Si entonces se presenta, por ventura,
A las enloquecidas multitudes
Un egregio varón de altas ideas,
En quien veneran inclitas virtudes ;
Silencio sólo se oye en el momento,
Y ansiosos todos, dan oído atento :
Suena su voz, cautiva corazones,
Y se apaga el furor de las pasiones.

(148 — 153)

Así, todo el fragor del oceano
Cesa, cuando espaciando la mirada
El divo soberano,
Por los aires, a luz de limpio cielo,
Cruzando va la líquida planada
En su carro dichoso,
Y a sus corceles en creciente vuelo
Suelta las riendas su poder glorioso.

(154 — 156)

Rendidos de cansancio los troyanos,
Se empeñan por que presto se haga rumbo
A puertos más cercanos,
Y quebrado su intento primitivo,
Mueven las naves con remar activo
De la Libia a los lindes africanos.

(157—158)

Escondido paraje

En soledad profunda al ponto accede.
Al mar entrando sus extremos lados,
Una isla cierra el puerto.
Estalla en sus costados
Del mar el oleaje,
Y al choque en ellos cierto
En pliegues ondulantes retrocede.
A diestra y a siniestra enormes rocas,
Y el uno al otro en frente
Dos peñacos gemelos
Amenazantes se alzan a los cielos.
Bajo su inmensa altura,
En bahía espaciosa,
Se adormece segura
El agua silenciosa :
De lo alto la sombrea
La enramada que al viento se cimbreo,
Al par que la espesura
Del bosque que abajo se la inclina,

Flotando está sobre ella en sombra oscura.
En el fondo que al frente de la entrada
Hacen fragosas breñas,
Apenas se adivina
La gruta que es de ninfas la morada,
Donde agua dulce brota cristalina
Y asientos forman las desnudas peñas.

(159 - 168)

Allí, en ese golfo retirado,
Los cansados bajelos
Reposan sin cuidado,
Cadenas ni cordeles;
Ni requieren el áncora que a tierra
Con el garfio encorvado las aferra.

(168 - 169)

Con solo siete naves,
De su flota reliquia recogida,
En él arriba Eneas;
Y los tristes viajeros,
Que con todo el anhelo por la vida
Suspiraban por tierra, placenteros
La gozan ya en la playa allí escondida;
Y ya en la ansiada arena
Descansan, extendidos
Sus cuerpos, por el mar entumecidos.
Acates luégo a luégo

A golpe arranca al pedernal el fuego :
En hojas lo recibe :
Lo abriga y lo alimenta
Combustible que en torno lo apercibe ;
Y el foco del hogar que lo fomenta,
En fulgurante llama
De súbito se inflama.
Los náufragos, cansados
De adversos sucesos,
Sacando van los útiles de Ceres,
Los trigos por el ^{agua} ya dañados ;
Y los granos salvados
Tostarlos se proponen
Al calor de ese fuego que así medra,
Y tritularlos en salvaje piedra.

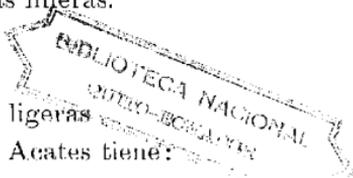
(170 - 179)

Eneas mientras tanto
Asciende de una roca a la agria cumbre.
Con ansia escrutadora
La inmensidad del piélago devora
Su mirada en tenaz incertidumbre,
Por si divise que a merced del viento,
Al fin salvados los peligros graves,
Anteo asoma o Capis ;
O acaso allá en lejanas
Aguas a fuerza de mirar vislumbre
Las birremes troyanas,

O el escudo de Caico y su ornamento
En las popas enhiestas de sus naves.

(180 — 183)

Nave alguna en la inmensa superficie . . .
Tres ciervos mira por la playa errantes,
Seguidos de manada numerosa,
Y que en valles de yerba sustanciosa
Pacen de ótros larguísimas hileras.
Al verlos se detiene;
Y con sus propias manos
El arco toma presto y las ligeras
Flechas, armas que el fiel Acates tiene:
Víctimas primeras
Caen los conductores soberanos,
Que, alta la testa, al desfilas alternos,
Van ostentando los arbóreos cuernos:
A los nuevos disparos, la manada
Dispersa se asegura
Entre las frondas de la selva oscura;
Y la caza empezada
Eneas continúa hasta que a tierra,
Vencedor peregrino,
Derriba corpulentos animales,
En su número iguales
Al de bajeles que salvó el destino.
Al puerto ya regresa:
A sus necesitados compañeros



Reparte allí la presa :
Les distribuye el vino
Con que al zarpar de la trinacria orilla
Los troyanos viajeros,
Acestes piadoso
Les proveyó con dádiva sencilla ;
Y así, en seguida, en inspirado acento,
Con estas frases les infunde aliento :

(184 — 197)

“Compañeros, mis caros compañeros
(Pues que de antes lo somos en los males)
Vosotros que mayores
Sufristeis de la suerte los rigores :
Un dios ha de dar fin a los actuales.
Vosotros que las rabias afrontasteis
De Escila y sus escollos aulladores,
Y la ciclópea roca siciliana,
Renovad valerosos
El ánimo a la suerte de mañana,
Ahogando tristezas y temores :
Mañana, acaso, fuente de alegrías
Nos será la memoria de estos días.
Salvando riesgos, dominando azares,
Por ignoto camino,
A prueba de pesares,
Al Lacio vamos, sí, donde el destino
Nos promete tranquila residencia ;

Allá, Troya querida
 Surgirá soberana en nueva vida:
 Conservaos con inclita firmeza
 Del porvenir risueño a la grandeza.”

(198—207)

¡Así les habla: en su íntima congoja,
 Esperanzas sonríe su semblante,
 Cuando el pecho le oprime
 El profundo dolor que en él reprime.
 Los demás se aperciben al instante
 A disponer la presa a la vianda.
 De la piel a los ciervos se despoja,
 Y desollada así la carne blanda,
 Algunos, dividiéndola en pedazos,
 La prenden palpitante
 En las puntas de toscos asadores;
 En cuanto ya otros brazos,
 Del mar en las riberas,
 Dan flamígero hogar a las calderas.
 Restaura el alimento
 Las fuerzas a los tuceros viajadores,
 Que sobre verde hierba reclinados,
 Se sacian con el vino succiento
 Y con las pingües carnes de venados.

(208—215)

Ya sacios, y las mesas retiradas,
 Dudando entre esperanzas y temores,

Largamente discurren de la suerte
De sus desaparecidos compañeros:
Si acaso vivirán, o si apuradas
Las últimas angustias de la muerte,
Sordos serán por siempre a los clamores
Con que amigos les llamen plañideros.

(216 — 219)

Especialmente Encas piadoso
En callados recuerdos se lamenta
De Orontes ardoroso,
Del desgraciado término de Amico;
O en su alma llora con secreto llanto
El destino cruel del caro Lico,
A Gias fuerte, al varonil Cloanto.

(220 — 222)

Todo ya finaliza con la tarde.....
Mira Jove del alto firmamento
La mar que cruzan voladoras velas,
Las costas y las tierras extendidas,
Las ciudades en ellas difundidas;
Y así, desde su asiento
Encumbrado en la bóveda celeste,
Fija Jove los ojos
De la africana Libia en los estados.
Entregábase el Dios á estos cuidados,
Cuando Venus, rondada al sufrimiento

Y en lágrimas bañados
 Los ojos brilladores,
 A su poder acude,
 Y le hace estos clamores:

(223 -- 229)

“ Oh tú, que con imperio soberano
 Eternamente riges los destinos
 Humanos y divinos,
 Y con el rayo aterras!
 ¿Por qué delito, dime,
 Así a mi Eneas tu poder le oprime?
 Por qué al pueblo troyano?
 ¿Por qué al cabo de tantas desventuras,
 A cerrarles de Italia los caminos,
 Todo el orbe les cierras?
 Con certidumbre arana
 Prometido tú habías
 Que al revolver del tiempo, en nuevos días,
 Dominador de mares y de tierras,
 A universal imperio
 El troyano linaje
 Resurgiría en la Nación romana:
 Oh padre! ¿qué misterio
 Retracta tu promesa soberana?
 De Troya on el fracaso,
 Destinos con destinos balanceando
 Me consolaba en su fatal ocaso.

La suerte ahora con igual ultraje
A mis héroes persigue y les violenta
Con mil adversidades:
¿A sus calamidades
Qué fin darás, oh Rey omnipotente?
Antenor, escapando
De en medio de los griegos vencedores,
Pudo lograr los golfos de la Iliria,
Y hallar pudo seguro a su tormenta
De Liburnia en los reinos interiores,
Y subir del Timavo hasta la fuente,
Donde por nueve bocas
El río, como mar que se revienta,
Con estruendo del monte entre las rocas
Despeña su corriente,
Y los campos inunda,
Que se afondan en piélago rugiente.
Él mismo en breve funda
A l'adua, de troyanos nuevo asiento;
Al pueblo le da nombre, y allí cuelga
De su Troya las armas, y contento,
Ya en plácida ventura,
De la paz saborea la dulzura.
Y a nosotros, oh Padre, tu progenie,
A quienes concediste
Demorar de los cielos en la altura,
Perdidas nuestras naves — oh pavora! —
De una sola persona a la venganza

Nos entregan, y aléjannos de Italia,
Sin rumbo ni esperanza.....!
Tal el honor que a la virtud responde?.....
¿Nos devuelves así, cual prometiste,
El cetro que a tus hijos corresponde?"

(229 - 259)

El padre de los dioses y los hombres
Sonríe a su hija con aquel semblante
Que los cielos serena y la tormenta,
Y la besa, y la dice:
"No temas, Cíteira, ni te asombres:
Fijos te permanecen los destinos
De tus atribulados peregrinos:
Un día, si distante,
Verás cómo se asienta
La lavina ciudad, verás su muro,
Y a Eneas, alma al heroísmo alzada,
Sublimarás tú misma a las estrellas;
Pues que ningún decreto
Cambió mi voluntad a lo futuro.
(Si dudando lo ignoto,
Te angustias y querellas;
Desenvolviendo el tiempo a tu mirada,
Te anunciaré el secreto
De porvenir remoto).
En Italia él hará terrible guerra;
Y a sus pueblos feroces, cautivados

En itálica tierra,
Ciudades les dará, les dará leyes.
En el Lacio tres veces el estío
Le verá reemplazando a propios reyes,
Y tres inviernos contarás pasados
Desde cuando los rótulos domados
Se den a su absoluto señorío.
De Ascanio, aquel infante que en su gente
Lleva ahora de Yulo el sobrenombre
(Ilo tuvo en su Troya por renombre)
Siguiendo de los mases la corriente,
Largos treinta años durará el reinado:
De la sede imperial de la realeza
De Lavinia a Alba Longa hará traslado;
Y hará en Alba robusta fortaleza.
Trescientos años, de Héctor descendiente,
La raza impera ya, cuando Iliá, reina
Y al par sacerdotisa,
De Marte fecundada,
Alumbra dos gemelos:
De ellos el úno, Rómulo, orgulloso
Con la piel de la loba su nodriza,
En gobierno glorioso
Erige sin recelos
Nueva ciudad a Marte consagrada,
A cuyos ciudadanos
Él, de su nombre, llámales romanos.
Yo para ellos no tengo prevenido

Ningún linde en el tiempo ni el espacio:
Otorguéles imperio indefinido.
Y la implacable Juno,
La que ahora conmueve en sus rencores
La tierra, el mar, los cielos,
Entrada ya en mejores
Consejos, ya prudente,
Protegerá conmigo a los del Lacio
Y del mundo señores,
Y a la de Roma la togada gente.
Tal es mi voluntad. Con la corriente
Del tiempo incontenible vendrá día
En que la descendencia
De Asáraco el troyano
A Phtia abatirá en servidumbre,
Y a Micenas, de clara procedencia;
Y será en cautiverio
Argos rendida ante el poder romano.
De troyano abolengo esclarecido,
César entonces nacerá: su imperio
Sólo tendrá por linde el oceano,
Y los astros por término su fama.
Julio se llamará, de Yulo el Grande,
Y en la olímpica cumbre
Le acogerás tranquila, enriquecido
De dones orientales;
Y oirás cómo le clama
En mil votos la voz de los mortales.

El arma ya depuesta,
Suavizarán los siglos su costumbre ;
Y la antigua Equidad y Remo y Vesta
Y Quirino, de Remo noble hermano,
Dictarán nuevas leyes a la tierra ;
Y las puertas del templo de la guerra
Con ferreas y apretadas cerraduras
Cerraránse por fin : furiosa adentro,
Sobre crueles armas y blasones
Allí sentada la discordia loca,
Los brazos hacia atrás, por ligaduras
Férreos eslabones,
Bramará impia con sangrienta boca !”

(254 — 296)

Así Júpiter dijo ;
Y a fin de que las tierras de Cartago
Y sus nuevos alcázares se abriesen
En asilo a los tencros que allá fuesen,
Escasos restos de tamaño estrago,
Envió de Maya desde el cielo al hijo :
No fuera que ignorante
Del destino ya fijo,
Del líbico lindero
Dido apartase ese convoy viajero.
El infinito espacio en un instante,
Al remero moverse de sus alas,
Atraviesa el divino mensajero.

Cumplió ya lo mandado; el habitante
De las libias regiones,
Tal queriéndolo Jove, la fiereza
Depone de inhumanos corazones;
Y la Reina primero
De paz cómo siente
A los troyanos y ánimo clemente.

(297 -- 304)

Toda la noche desvelado Eneas
Revolviendo pasó tantas de ideas,
Y optó que al despuntar del alma aurora
A recorrer saldría aquellos sitios
Ignotos, las riberas
A donde el viento le desvió la prora,
Y a inquirir — los veía incultivos—
Si eran acaso de hombres habitados,
O acaso de las fieras;
Para informar con datos verdaderos
A sus desventurados compañeros.

(305 -- 309)

Él mismo en nemorosa
Cóncava, bajo roca socavada,
Ocultó su flotilla, circundada
Por árboles y sombra tenebrosa;
Y sin más compañero
Que Acates, salió ufano,

Vibrando dos venablos en la mano,
Con largas puntas de afilado acero.

(310 - 313)

En medio de la selva, de repente,
Vió a su madre presente:
Virginal el semblante,
Sus armas y vestido
De virgen espartana; o semejante,
Cierto, a Harpalice, la de Tracia, cuando
Al correr sus corceles agitando
Alcanza al rápido Euro y va adelante.
De cazadora a usanza,
Ostenta de los hombros suspendido
El arco apercebido;
Dada al viento la suelta cabellera;
Desnuda a la rodilla,
Y en gaya lazadilla.
Recogidos los pliegues ondulantes
De la veste ligera.
Y habló ella así, primera:

(314--321)

“Oíd, jóvenes: ¿visteis, por acaso,
Errante en esta selva abandonada
Alguna hermana mía,
Terciada de la aljaba y por vestido
Llevando la manchada

Piel de lince, o a gritos ostigando
 A jabalí que en fuga a cada paso
 Revuelve enfurecido?"

(321 - 324)

Así habló Venus; respondióla su hijo:
 "No he visto ni he oído en estas selvas
 A hermana tuya alguna,
 Ohi virgen: ¿con qué arcanos
 Nombres te llamaré? no son humanos
 Tu voz ni tu semblante --
 Ciertamente eres diosa.....!
 De Febo hermana? De las ninfas una?
 Quienquiera seas, muéstrate piadosa,
 Alivia nuestro duelo,
 Y di bajo qué cielo
 Y en qué extremos del mundo nos hallamos:
 Ignoto el sitio, ignoto su habitante,
 Por el viento y las olas tan distante
 A la ventura erramos!
 Tendrán tus beneficios
 En tu altar nuestra ofrenda, en sacrificios."

(325 - 334)

Venus repuso: "A fe que no soy digna
 De tanto honor: costumbre
 De Tiro es en las vírgenes, calzadas
 Llevar de alto coturno purpurino

Las piernas, e ir terciadas
De aljaba. Tu destino
Pone hoy a tus miradas:
Con los tirios, el reino de Cartago;
De Agenor la ciudad, y la frontera
De Libia, cuya raza es altanera
Y en la guerra indomable.
Aqueste imperio cuya muestra te hago
Rige Dido, que, huyendo de su hermano,
La rica Tiro abandonó ligera.
Muy larga, interminable
De su agravio es la historia,
Largos los episodios del litigio;
Mas sólo haré memoria
De lo que es en el caso su fastigio.
Desposada estaba ella
Con Siqueo, hacendado
El más rico en Fenicia, a quien amaba
Con amor entrañable la infelice,
Y á quien su padre la entregó doncella,
En primer himeneo.
Pero el peor malvado,
Su fiero hermano Pigmalión reinaba
En Tiro. Cruelísimo se dice
Que estalló el odio ontre ellos. A Siqueo,
Sacriligo el cuñado,
Cegado de codicia,
Del sacrificio en aras, traicionero,

A ocultas lo hunde fratricida acero,
Sin que le inquiete en su pasión insana
Su enamorada hermana.
Por mucho tiempo oculto
Guardó el crimen; en tanto su malicia
Mintiendo engaños, esperanza vaua
Alimentaba en la infeliz amante.
Pero una noche en sueño misterioso
Del cónyuge insepulto
La imagen ve delante:
Alzando, oh maravilla!
El pálido semblante,
Descubre de su esposa a la mirada
El ara ensangrentada
Y el pecho que atraviesa la cuchilla,
Y la revela el crimen tenebroso.
La persuade que en fuga acelerada
Abandone su tierra;
Y a auxiliarla en la fuga, su tesoro
Antiguo desentierra,
No vista cantidad de plata y oro.
De horrores tántos Dido connevida,
Se apresta a la partida
Y busca compañeros.
Acuérdanse ligeros
Los que al tirano le odian ó le temen:
Naves apercebidas, casualmente,
Encuentran los viajeros,

Que cargándolas de oro, las riquezas
Se llevan del avaro delincuente
Por mar desconocida.
Y de hecho a estas empresas
Fué jefe una mujer. Los expatriados
Llegaron a lugares donde luégo
Los muros has de ver, las fortalezas
Y el alcázar surgiente
De la nueva Cartago. Allá llegados,
Compraron un terreno, en la medida
Que a cercar alcanzase
La piel de un toro, de lo cual provino
Que Birsá se llamase.
Mas tú, por fin, quién eres? ¿desde dónde
Aqueste viaje has hecho?
A dónde tu camino?"
Él, con voz que de lo íntimo del pecho
Arranca, suspirando la responde:

(335 — 371)

“Oh Diosa, si yo hubiera
De narrar de su origen nuestros males,
Si posible te fuera
Escuchar los anales
De nuestro acerbo duelo;
Primero que concluir, la tarde diera
Sépulcro al día en el cerrado cielo.
Desde la antigua Troya

—Llegó acaso su nombre a tus oídos—
Por diferentes mares
La tempestad nos trajo, conducidos
A su capricho, de la Libia al suelo.
Soy el piadoso Eneas,
Mi nombre al cielo por la fama vuela:
En mi flota llevando voy conmigo
Mis penates y lares,
Que a la furia arranqué del enemigo.
Por patria a Italia busco y a la raza
Que al soberano Júpiter se enlaza.
De la Frigia en el mar me hice a la vela,
Con veinte naves a la suerte echadas,
Mostrándome el camino
La Diosa madre mía,
Y al favor entregado del destino.
Siete apenas me quedan, maltratadas
Del viento y de las olas;
Y yo mismo me veo ya sin guía,
Ignoto peregrino,
Desprovisto de todo,
Echado lejos por infausto modo
De Europa y Asia, mis penalidades
Devorando yo a solas,
Mientras cruzo estas yermas soledades!”
Mas ya no sufre Venus que prosiga
Lamentándose Eneas: le interrumpe,
Y en medio así de su dolor prorrumpe:

(372—386)

“ Quienquiera seas tú que a Tiria arribas,
Presumo que a los dioses inmortales
No ha de serles de enojo que percibas
Aún auras vitales.
Avanza solamente,
Y llega de la Reina a los umbrales:
Pues volverás a conducir tu gente
Toda, te anuncio, a dirigir tu flota,
Que propicio ya el Euro, en nueva rota,
Dejó al fin en seguro;
Si ya no fué que en vano
Me enseñaron mis padres, ombusteros,
El arte suyo arcano
De anunciar por presagios lo futuro.
De doce cisnes mira aquel alado
Grupo ufanarse con alegre vuelo:
De la región del éter disparada
Una águila, en el cielo despejado
Les puso en desbandada;
Pero volvieron, y ora en larga hilera
Únos eligen, a posarse, snelo,
Y ótros otean desde la alta esfera
El que eligió su anhelo.
Y ¡cómo, retornados de su espanto,
Jugaban con sus alas estridentes,
En círculo volando la bandada,
Que ya se daba al canto!

Pues así, por manera semejante,
 Con los adolescentes
 Y naves de tus penas:
 Únos tienen ya puerto,
 Y los otros de cierto
 Entrando están a él a velas llenas.
 Avanza solamente, y a fe mía
 Por esta misma vía
 Que te está conduciendo, vé adelante."

(387 - 401)

Dijo ella: y al volverse, refulgente
 Lució el rosado cuello,
 Exhaló en torno el divinal cabello
 Exquisita fragancia, suavemente
 Cayó el vestido hasta los pies, y airosa
 Se mostró en el andar de veras diosa.
 Tan pronto como Eneas reconoce
 A su madre, que huía,
 Así su voz la sigue clamorosa:
 "También tú cruelmente
 Ay! cuántas veces a tu propio hijo
 Le engañas con visiones fomentidas!
 ¿Por qué no me fué dado
 El estrechar tu diestra con mi diestra,
 Oír y responder, mas no engañado,
 Palabras tuyas, pero no mentidas?"
 En tales quejas muestra

El pesar que lo affige,
Y a la ciudad murada se dirige.
A los viandantes Venus echa en velo
De ambiente nebuloso,
Y les circunda con espeso manto
De nube, a que curioso
Nadie les vea, les encuentre nadie,
Ni les cause demora,
Ni les indague ahora
Del viaje los motivos. Entre tanto,
La Diosa rompe el vuelo
A Pafos: y contenta, sin querella,
Se vuelve a sus moradas,
En donde a sus loores
Dedicado hay un templo y consagradas
Están cien aras a ella,
En que arde y se consume
Incienso de la Arabia, y frescas flores
Exhalan su perfume.

(402 - 417)

Prontos los dos hicieron la derrota
Que el sendero mostraba.
Ya ascendían la altísima colina
Que la ciudad domina,
Y a cuyos pies, al frente,
Se ve la fortaleza.
Eneas ponderaba la grandeza

De la ciudad, en otro tiempo asiento
 De rústicos albergues; y admiraba
 Sus puertas, el tumulto y de las calles
 El rico pavimento.
 Cuál se afanan los tirios, ardorosos!
 Prolongan unos el extenso muro;
 El gran alcázar, con enormes masas,
 Otros levantan; otros, vigorosos,
 Hacen rodar las piedras con las manos:
 Buscan otros, ufanos,
 Sitio adecuado a fabricar sus casas,
 Y a dejarle en seguro
 Un surco en torno le abren:
 Eligen tribunales
 Y el senado inviolable a los mortales:
 Aquí cavan el puerto; hondo cimiento
 Ponen allá al teatro, y de las rocas
 Tallan grandes columnas, ornamento
 De la futura escena.
 Al igual la colmena,
 Cuando a los primos soles estivales
 Las abejas se dan a su faena
 En los campos floridos:
 Sacando están las unas los crecidos
 Renuevos de su gente;
 Otras las diluidas mielecillas
 Condensan, que destilan los panales;
 De dulce néctar llenan las celdillas;



Ya reciben cargadas del abasto
 A las que vienen del sabroso pasto ;
 O en filas de batalla,
 Al rebaño indolente
 De zánganos, inútil muchedumbre,
 Echan de su techumbre :
 Hierve el trabajo, y en su olor sencillo
 La miel despide olores de tomillo.
 "Oh! felices aquellos
 Cuyas murallas se alzan!" dice Eneas,
 Y los urbanos cúlmenes contempla.
 De la nube velado
 — Maravilla decirlo —
 Al centro mismo avanza del poblado
 Y se confunde entre ellos,
 Sin que nadie pudiese distinguirlo.

(418 — 440)

Un bosque en medio la ciudad había
 De sombra deliciosa.
 Los fenicios a quienes tormentosa
 A esas costas la mar hubo lanzado,
 Cavando en aquel sitio descubrieron
 La primera señal de su grandeza,
 Que Juno les había denunciado,
 De un corcel belicoso la cabeza ;
 Indicio por el cual se prometieron
 Que su Nación sería

En la guerra famosa,
Y por fama en los siglos viviría.
A Juno alzaba allí la tiria Dido
Un magnífico templo,
Al que consumirían la opulencia
Los presentes del pueblo agradecido
Y de la Diosa misma la presencia.
Sobre gradas, de bronce los umbrales;
Con bronce los dinteles compactados;
Y con bronceas puertas
Chirriaban los quiciales.
En este bosque fueron iniciales
A Eneas de atenuarse sus temores,
Los nuevos datos que sagaz advierte:
Fué allí donde primero
Atrevióse a esperar a sus dolores
Remate lisongero,
Y a mantenerse en ánimo confiado
En los reveses de la adversa suerte.
Del espléndido templo los primores
Recorre y examina uno por uno,
Mientras a Dido espera;
Y admiraba cuál era
La dicha de ese pueblo afortunado,
Y el concierto pasmoso
De multitud de artistas,
Y lo arduo y laborioso
De sus obras: en orden ve, asombrado,

De su Troya las guerras y combates,
Que en el mundo la fama ha divulgado ;
De Autreo mira al hijo,
Y a Príamo, y ve a Aquiles,
Para los dos terrible. Quedó fijo,
Y lacrimoso dijo :
"¿ Qué lugares, oh Acates!
Habrá, del universo qué regiones,
Que así no se hallen llenas
De nuestras grandes penas?
He aquí Príamo a su merecimiento
Premio hay también aquí; y al sufrimiento,
Que también toca aquí los corazones,
De simpatía universal, lamento.
Depón, depón el miedo :
Que te aliente esta fama."
Así dice, y su espíritu apacienta.
En esos cuadros vamos
Cuántas penas lamenta,
Cuando le inunda el rostro en su quebranto
Crecido río de inefable llanto!
Ya sus ojos veían
Cómo allá aquellos griegos combatientes
Que a Pérgamo sitiaban,
Cargados por los jóvenes troyanos,
En desconcierto huían :
Cómo acá en la derrota ya alcanzaban
De Frigia a los valientes,

Las ruedas vencedoras
 Del penachudo Aquiles.
 Y no lejos las tiendas
 De Reso, por sus sendas
 Blanquísimas cortinas,
 Reconoce con lágrimas ardientes :
 Libradas a venganza,
 De infausta noche en las primeras horas,
 El hijo de Tideo, sanguinario,
 Las desolaba con cruel matanza ;
 Y al campamento griego
 Llevándose iba luego
 Los fogosos caballos del tracense,
 Antes de que gustasen
 El pábulo troyense
 Y bebieran del Xanto.
 Por otra parte escápase — oh espanto!—
 Perdidas ya sus armas,
 Troilo, desgraciado adolescente,
 Que en desigual combate
 Con Aquiles se bate :
 Su rostro al cielo, el cuerpo va pendiente
 De un carro a que vacío
 De los caballos arrebató el brío
 Y él tiene aún las riendas en la mano !
 Le arrastra por el suelo
 Con la cerviz el desgredado pelo,
 Y va surcando tierra ensangrentada

La lanza atravesada!
Las troyanas en tanto,
Espancada la suelta cabellera,
De Palas, que propicia no las era,
Acudían al templo: sacra vestidura
Tristes y en suplicante compostura,
Golpeándose el pecho,
Llevaban a la Diosa, que, desviada,
Fija al suelo tenía la mirada.
Aquiles ya tres veces
Al gran Héctor habíalo arrastrado
Al redor de los muros ilioneses,
Y por oro vendía
El cuerpo inanimado.
No puede ya consigo
Eneas, y de lo íntimo del pecho
Exhala en su despecho
Gemido desolado,
Viendo así los despojos, viendo el carro,
Viendo el cadáver mismo del amigo;
Y a Priamo veía
Que las manos inermes extendía!
Se reconoce él mismo y se remira,
Entre los griegos príncipes mezclado;
Reconoce las tropas del Oriente,
Y del negro Menmuón las armadas mira.
Pentesilea osada
Conduce de amazonas las legiones,

Que llevan sus escudos
En forma de creciente :
De oro por rico cinturón fajada
Bajo los pechos nudos,
Se inflama la guerrera entre millares
De bravos campeones ;
Y, virgen delicada,
Se atreve a combatir con los varones.

(441 — 493)

Mientras de estas escenas la membraniza
Al Troyano absorbia el sentido,
Y estupefacto, inmóviles los ojos,
Se estaba como de ellas suspendido ;
Radiante de hermosura al templo avanza,
De numerosa juventud al medio,
Con regia majestad la reina Dido.
Tal sucede en las ribas del Eurotas,
O del Cinto en la cumbre,
Cuando al canto y la danza
Diana su muchedumbre
De coros ejercita :
En numerosa cita
Las ninfas que la siguen en sus rotas
Aquí y allá se agrupan en torno a ella :
Diana, cruzada del carcax pendiente,
Sola entre todas al andar descuella.
Íntimo regocijo, silencioso,

Latona en su alma siente.
Así también con Dido, así su gozo,
Cuando en medio los suyos, diligente,
Llevada por su pueblo, ella apresura
Las obras, y asegura
Para sus reinos porvenir dichoso.

(494—504)

Instalóse en seguida
En el templo de Juno,
Bajo el arco central, enaltecida
En solio, y de soldados
En torno guarnecida:
De allí a sus gobernados
Declaraba derechos, daba leyes,
Y a justa proporción o por la suerte
Señalaba a cada uno
Su parte en los trabajos decretados.
Súbitamente advierte
Encas que entre enorme muchedumbre
Se aproximan Anteo, el animoso
Cloanto, con Sergesto y otros muchos
Troyanos, que en las aguas dispersados
Por negra tempestad, fueron echados
Quién sabe a qué riberas.
En viéndoles Eneas, se estremece
En asombro, y Acates, vacilante
Entre júbilo y susto, desfallece:

Ansían en inquieta incertidumbre
 Que sus diestras se estrechen, compañeras;
 Mas miedo misterioso,
 Turbándoles el gozo,
 Los detiene. Al través de la velante
 Nube observando, descubrir anhelan
 Cómo, con qué fortuna
 Salir pudieron del fatal estrago,
 En qué costas dejaron la flotilla,
 A qué intento se vienen a Cartago.
 De entre todas las naves elegidos,
 Implorando clemencia,
 Avanzaban al templo con gemidos.

(505 - 519)

Ya entrados, y obtenida la licencia
 Para hablar de la Reina en la presencia,
 Con ternura suavísima, sencilla,
 Comienza así Ilioneo, el más provecto:
 "Oh! Reina, a quien el Padre de los dioses
 Dió que nueva ciudad edificase,
 Y que a pueblos feroces
 Sujetase a la norma de lo recto:
 Troyanos infelices, que cruzaron
 Del viento a la merced todos los mares,
 Rogándote lamentan sus pesares:
 Preserva nuestras barcas
 De bárbaros incendios; sé piadosa.

Con gente religiosa,
Y ve, compadecida,
De cerca nuestra herida.
No venimos nosotros con el hierro
A devastar de Libia los hogares,
Ni a llevarnos al mar, de estas comarcas
Despojos por la fuerza sustraídos:
Ni está para ello el ánimo,
Ni cabe audacia tanta en los vencidos.
Existe una región que con el nombre
De "Hesperia" los de Grecia conocieron:
Antigua y poderosa,
Por su ubérrima tierra
Y su pueblo fortísimo en la guerra:
Los enotrios, sus viejos pobladores,
De antiguo la tuvieron;
Y es hoy fama que ya los posteriores,
Del jefe por renombre,
Italia la dijeron.
Allá era nuestro rumbo:
De repente, cargado de tormentas,
Orión surge del mar, contra escondidas
Sirtes nos lanza, y luégo, a las violentas
Furias del viento y de la mar reñidas,
Dispérsanos del todo
Por aguas y por rocas
Hasta hoy desconocidas:
Unos pocos a nado

Tu playa hemos ganado,
 ¿Qué raza de hombres ésta,
 O nación tan salvaje,
 Que tolera costumbre tan funesta?
 Se nos niega en la playa el hospedaje:
 Nos mueven disensiones,
 E impídenos que hagamos
 En la orilla del mar breves mansiones.
 Si al humano linaje
 Con desprecio miráis y sus sanciones,
 Aguardad a los dioses: nunca olvidan
 Lo justo ni lo injusto.
 Nuestro Rey era Eneas:
 Ninguno mejor que él, como virtuoso,
 Ninguno mayor que él, como guerrero.
 Si a ese varón, que en todo fué primero,
 Los hados le conservan, si glorioso
 Auras de vida en respirar se place,
 Si no en las sombras de la muerte yace;
 No haya miedo, ni séate a disgusto
 El salir la primera en nuestro amparo:
 Que también en la tierra siciliana
 Contamos con ciudades y con huestes,
 Y con el claro Acestes,
 De la estirpe troyana.
 Permitasenos, Reina, sin reparo
 Sacar a la ribera
 La flota maltratada por el viento,

Reconstruir los navíos con madera,
Y de remos hacernos bastimento.
Con qué contentamiento
Hacia Italia y el Lacio
Cruzaremos ligeros el espacio,
Si a Italia nos es dado
Hacer nuestro sendero,
Salvado nuestro grupo compañero,
Y nuestro Rey salvado.
Mas, si nos es perdida
Ya toda salvación; si ya en su seno,
Oh! de los teucros padre incomparable,
El africano mar te ha sepultado;
Si, último bien, perdimos la esperanza
De Ascanio; que nos sea al menos dable
Emprender sin tardanza
Para el mar de Sicilia la partida:
Allá navegaremos,
Y a ciudades do gente apercebida
Se encuentra a recibirnos
—De donde acá arribamos—
Y al rey Acestes sin demora iremos.”
Así Ilioneo: en tanto así él hablaba,
El grupo de troyanos
Con general murmullo le aprobaba.

Inclinado el semblante,
En breves frases contestóle Dido:
"Cobrad valor troyanos,
Desechad inquietudes.
La situación riesgosa, vacilante,
De un reino que comienza, me ha impelido
A extremarme quizá en solicitudes,
Rodeándole de guardias
Por la línea lindera que le cierra.
¿Quién hay que esté ignorante
De la raza de Eneas y su origen?
¿De la ciudad de Troya, sus virtudes,
Sus héroes, sus ilustres ciudadanos
Y los furios de la magna guerra?
No somos los tirianos
De natural tan rudo;
Ni se encuentra Cartago tan distante
De donde, oh Febo, sueles
Enganchar tus corceles.
Bien optéis por la Italia
Y la saturnia tierra,
U optéis por la comarca cuya sierra
El Érix delimita,
De Acestes gobernada;
Os enviaré seguros, al amparo
Que exige vuestra cnita,
Y de hecho auxiliaré vuestro reparo.
¿O queréis, juntamente

Conmigo, establecer vuestra morada
En estos reinos míos?
Esta ciudad que estoy edificando
Es vuestra enteramente:
Sacad en seco ya vuestros navios;
Y entre tirios y teucros mi regencia
No hará ya diferencia.
Quién dado nos hubiese
Que acá arrojado por el propio viento
El rey Eneas mismo aquí estuviese!
Fidedignos agentes al momento
Enviaré, que recorran estas costas,
Indagando hasta el término africano:
No sea que errabundo
Ande allá, de la selva en soledades,
O en alguna quizá de las ciudades,
En náufrago troyano.”

(561 — 578)

El ánimo excitado a estas palabras,
El rey Eneas y el valiente Acates
Arden en vehemencia
De romper al momento
La nube que velaba su presencia.
Acates, más violento,
A Eneas le apostrofa:
“Oh! tú de Venus hijo!
¿Qué consejo nos da tu inteligencia?”

Ves todo asegurado ;
A salvo la flotilla,
De nuestros compañeros
El conjunto salvado :
Si uno falta, es el mismo a quien tú viste,
Perdida su barquilla,
Sumergirse en las ondas :
Lo demás, cual tu madre ya lo dijo.”
Apenas hubo hablado,
La nube, deshaciéndose en contorno,
Se rompe de repente,
Y se disipa en despejado ambiente.
Eneas, en suspenso, respaldece
Con vivísima hambre :
Por su cuerpo y semblante, dios parece :
La madre al hijo babiale aspirado
Brillantez singular a los cabellos,
Al rostro hermosa juvenil frescura
Y a los ojos letíficos destellos.
Así, cuando del arte los primores
Al marfil le acrecientan el decoro ;
O cuando a plata o mármoles de Paros
Se les guarnece de oro.
A la Reina saluda,
Y escuchándole toda aquella gente
Prorrumpe de improviso : “ A tí presente
Yo estoy, el mismo a quien hallar deseas :
Soy el troyano Eneas,

Salvado a los furoros
De la mar africana.
La única tú que en compasión se inclina
De Troya a la ruina!
Oh! tú que nos confortas,
La ciudad ofreciéndonos y hogares
A nosotros que, tristes, agobiados
Por toda desventura en tierra y mares,
De todo menester necesitados,
Reliquias somos cortas
De la venganza griega! En nuestras manos
Pagarte dignamente tus favores
No puede estar, oh Dido!
Ni pagarte podrá la fraccionada
Nación de los troyanos,
En el orbe dispersos.
Los dioses (si de algunos la mirada,
De los buenos se vuelve a la excelencia,
Y si aun no se ha extinguido
La justicia en el mundo)
Los dioses y el profundo
Sentir de la conciencia
Te ofrecerán el premio merecido.
¿Qué tiempos tan felices te obtuvieron?
¿Qué padres te engendraron tan dichosos?
En tanto que los ríos
Corran sus aguas a la mar, y giren
De los montes en torno a la eminencia

Los espacios sombríos,
 Y a las estrellas apaciente el cielo,
 Nos han de ser preciosos
 Tu honor, tu nombre, de tu elogio el celo,
 Dondequiera el destino nos dé suelo.”
 Después de hablar así, tiende la diestra
 A Ilioneo, el amigo a que ama tanto,
 Y a Seresto le tiende la siniestra ;
 Y a otros después — al esforzado Gias,
 Al varonil Cloanto,

(579 — 612)

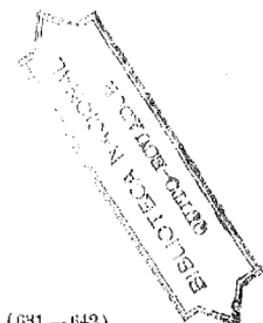
Estupefacta la sidonia Dido,
 Primero de la vista del troyano,
 Y luego a tan inmensa desventura,
 Le dice, pudorosa :
 “ Oh hijo de la Diosa !
 ¿ Qué suerte encarnizada te persigue ?
 ¿ Qué fuerza, di, qué arcano,
 Te trajo a esta insegura,
 Inhospitable playa ?
 ¿ Eres tú aquel Eneas
 Que del troyano Anquises
 Dió a luz el alma Venus en la gaya
 Riba del Simois, el frigense río ?
 Por mi parte, conservo la memoria
 De que, lanzado de su patria afuera,
 Téucer vino a Sidón, ambicionando

Nuevos reinos deber al poderío
De Belo. A la sazón mi padre, Belo,
Se hallaba desolando
De la isla Chipre el succulento suelo,
Que vencedor tenía a su albedrío.
Desde ese tiempo conocida me era
De Troya la ruína, y conocía
Tu propio nombre y a los griegos reyes.
Téucer mismo, enemigo, enaltecía
A los teucros con grande ensalzamiento,
Y a su estirpe deberse pretendía.
Ea! jóvenes, vamos!
Entrad a mis moradas!
A la vuestra mi suerte semejante,
Quiso también que penas despiadadas
Me arrojasen por fin a esta distante
Tierra, que fuese de mi pueblo asiento.
Y aprendí de mis penas
A acudir con remedio a las ajenas."

(613 — 630)

Hecha esta remembranza,
Lleva a Eneas al regio alojamiento,
Y decreta a la vez solemnnes ritos
En los sagrados templos de los dioses.
Ni de enviar se descuida la pitanza
A quienes en espera
Quedáronse del mar en la ribera:

Les manda veinte toros,
 Cien cerdos erizados
 De los enormes suyos, cien granados
 Y gordos corderitos,
 Que de sus madres van acompañados.
 Además les envía
 Con los dones de Baco su alegría.
 Con regia esplendidez esas mansiones
 Entre tanto previenen,
 Y bajo los centrales artesones
 Al banquete preparan los salones.
 Trabajados con arte primorosa
 Alfombras, cortinajes y tapices
 De púrpura preciosa:
 Argentino el menaje de las mesas,
 Y esculpidas en oro
 De los antecesores las proezas;
 Larga serie en que lucen el decoro
 De la estirpe real, desde su origen,
 Los héroes que en los tiempos la dirigen.



(631 — 642)

Eneas (que el paterno
 Amor no sufre mora)
 Envía al punto al volador Acates
 A las naves, que a Ascanio anuncie a la hora
 Los recientes remates,
 Y a la ciudad le traiga sin demora:

De aquel padre tan tierno
La inquietud y cuidados
En Ascanio se cifran concentrados.
También ordena Eneas
Que presto se le traigan las prescas
Que arrancaron de Ilión a las ruínas,
El de obrizo oro recamado manto
Y el velo en la orladura entretejido
De azafranado acanto:
Ornatos que llevó la argiva Helena
Cuando fué de Micenas para Troya
Al conubio indebido;
Magníficos presentes
De Leda, madre suya.
Demás el cetro que empuñado había
Ilione, la que fuera
De las hijas de Príamo primera;
Y su collar de perlas enjoyado,
Y de oro y pedería
La dúplice corona.
Activo ejecutor de lo mandado
A las naves Acates va en persona.

(643 — 656)

Venus en tanto a nuevo plan madura
Sus nuevos artificios:
Que cambiado el semblante y la figura,
Por Ascanio a la Reina se adelante

Cupido, haciendo del amable infante ;
Con sus dones la inflame enamorada,
Y en gratos embelesos
Fuego de amor la embeba hasta los huesos.
Porque ella se imagina peligrosa
La tiriana morada,
Y las dobleces tiembla
De la tiriana gente :
De la implacable Juuo
Consúmese en pavora,
Y en la noche callada
Sus bárbaros manejos se figura.
Al aligero amor estas palabras
Le dice : “ Oh hijo mío,
Toda mi fuerza tú, mi poderío !
Tú solo el que desprecias
De Júpiter los rayos
Con que a Tifeo fulminarle pudo !
A ti me acojo, a tu poder acudo.
Sabes cómo tu hermano
Eneas fué juguete del oceano,
De la úna a la otra costa,
Por los odios de Juno la malvada :
Cuántas veces sentiste
El alma a nuestras penas lacerada !
Dido aquí, la fenicia, le detiene,
Y con palabras de sagaz blandura
Le halaga y entretiene.

Yo el término recelo
Que pudiera tener este hospedaje
En pueblo que con Juno se asegura ;
Ni cejará su anhelo
En esta coyuntura.
En tan ardua estrechura
Me dicta mi arbitraje,
Sorprender antes yo, con artificios,
A Dido, cautivarla,
Y con las llamas del amor cercarla :
Que no se cambie a inspiración ajena ;
Antes conmigo la conserve unida
De inmenso amor a Encas la cadena.
Y a que tú puedas rematar mi intento,
Con tus buenos oficios,
Escucha en atención mi pensamiento.
Aquel príncipe infante,
Para quien es mi máximo cuidado,
A Cartago dispone la partida,
De su padre amantísimo llamado ;
A donde irá llevándose el tesoro
De los furios de la mar salvado,
De las llamas de Troya agonizante.
Con profundo letargo adormecido,
Aquí, en el monte Idalio o la Citeres,
En sagrado lugar le habré escondido,
A que, de mis ficciones ignorante,
No pueda interponerse en lo que hicieres.

Una noche tan sólo, su semblante
Simularás y su aire conocido:
Y cuando Dido en regocijo pleno
Te acoja en su regazo,
En medio los primores
De las mesas reales y licores;
Cuando te ciña con estrecho abrazo
Y sus besos dulcísimos te imprima,
Infúndela en secreto tus ardores,
Infiltrala el veneno.”

(657 — 688)

Obediente Cupido

A su madre querida,
Despojándose al punto de las alas,
Regocijado emprende la partida,
Con el andar de Yulo.
De sociego apacible
La Diosa el cuerpo baña
A Ascanio, con divino disimulo:
Abrigado en su seno, adormecido,
Le lleva del Idalio
A una del bosque natural cabaña;
Y acostándole en ella, de flexible
Mejorana olorosa
Rodéale con flores
Y sombra deleitosa.

(689 — 694)

Cual lo mandara Eneas,
Llevando iba Cupido
A Cartago de Troya las preseas,
Alegre, por Acates conducido.
Y cuando hubo llegado,
Ya Dido, reclinada en lecho de oro,
De soberbia cortina endoselado
Y cubierto de espléndido ropaje,
En el centro se habia colocado.
Eneas llaga ya, con él concurre
La juventud troyana,
Y en lechos se reclinan
Do la púrpura luce soberana.
Esclavos, en rendido vasallaje,
Aguamanos les dan; el don de Ceres
Sacan de los provistos canastillos,
Y llevan servilletas
De acertados pelillos.
A cincuenta mujeres
Encomendado las estaba adentro
Poner en larga hilera las viandas,
Y a los Penates encender olores;
Y a otras cien, que en la edad éranse pares,
El servir a la mesa los manjares
Y las copas de férvidos licores.
En la casa espaciosa
También gente tiriana

Se junta numerosa,
Y todos convidados
Los lechos a ocupar que se distinguen
Por tapices bordados.
¡Cómo admiran de Encás el presente!
¡Cómo aduliran a Yulo!
Les pasma en él flagrante
Su divino semblante;
Les pasman las palabras
Que finge en disimulo.
Admiran aquel manto
Y el velo entretégido
De azafranado acanto.
Y la misera Dido especialmente,
Destinada al incendio
De futuros amores, mal podía
Su espíritu saciar, y contemplando,
Más y más la infeliz se enardecía:
Turbantes emociones
A la par la robaban el sentido
Hacia el niño y de Eneas a los dones.
El niño, que pendiente
Al cuello del que padre él le fingía,
En ajustado abrazo
Inmenso amor le ostenta,
Luego de hacerlo se dirige a Dido.
Con los ojos la Reina y toda el alma
Se aferra al divo infante,

Y alguna vez le oprime en su regazo!
¡La infeliz ignorante
De que un dios la asediaba omnipotente!
En tanto él, que las órdenes no olvida
De su madre Acidalia, poco a poco
Dase a borrar en Dido hasta el recuerdo
De Siquco, y ya intenta
Ganarla de amor loco
El ánimo, que en calma
Tánto tiempo corría con la vida,
Y el corazón helado,
A los golpes de amor deshabituado.

(695 — 722)

Tras de breve reposo,
Ya terminada la primera mesa,
Levantado el servicio, a la que empieza
Les ponen grandes copas, que coronan
De vino generoso.
Cunde ya en el palacio la algazara,
Y en sus amplios portales
Resuena el vocerío;
Y en los regios salones,
Lucernas encendidas,
Que cuelgan de los aureos artesones,
Deshacen de la noche el poderío.
La Reina entonces pide
Esa copa que sólo Belo alzara,

Reservada a los regios descendientes,
Pesada, con el oro
Y las piedras que la ornan escogidas;
Y el vino en ella escancia a su albedrío.
Hácese al punto universal silencio,
Y están todos pendientes
De la Reina que, alzándola, se expresa:
"Oh Júpiter! (si aclámante las gentes
Por autor del derecho hospitalario)
Haz feliz este día
Al tirió vecindario,
Y a los que echó de Troya suerte impia;
Y viva su memoria
Hasta la última edad de nuestra historia.
¡Hágansenos presentes
Baco, el otorgador de la alegría,
Y la propicia Juno!
Y vosotros, oh tiriós!
¡Celebrad, fervorosos,
Con aplauso la fiesta y alborozos!"
Así la Reina dice,
Y en la mesa la flor del vino riega,
En libación sagrada;
La copa luégo hasta los labios llega;
De propia mano a Bicías se la entrega,
Instándole a apurarla, y al instante
Agotando él de un sorbo la espumante
Copa de oro, regálase felice.

Muchos próceres hacen otro tanto.
Seguidamente Yopas,
El de largos cabellos, a voz clara,
Con su cítara de oro
Acompañase al canto;
Y cantando, repiteles de coro
Lo que Atlas el famoso le enseñara:
Canta el vagar de la errabunda luna,
Los eclipses del sol; canta la cuna
Del humano linaje,
De los ganados el primer origen,
De la lluvias la fuente,
Y el generarse el rayo refulgente:
También a Arturo, a las pluviosas Hiadas,
Los Triones gemelos;
Y canta por qué desde los cielos
Se apresuran los soles invernales
A bañarse en las ondas del oceano,
Y cuál oculta mano
Detiene, demoradas,
Las noches estivales.
Redoblan entusiastas su alborozo
Los tirianos entonces, y los de Troya
Secúndanlos su aplauso estrepitoso.

(723 — 747)

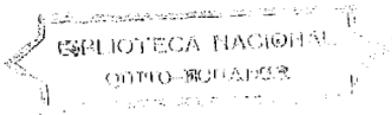
También la infeliz Dido,
Prolongando de suyo la velada,

Se embebía de amor en la variada
Conversación del Huésped acogido.
En especial de Príamo inquiría
Y de Héctor: ora indágame las fuerzas
Con que a Troya fué el hijo de la Aurora;
De los caballos de Diomedes, ora;
De Aquiles la pujanza y valentía.
Y al fin prorrumpe: "Vamos, yo prefiero
Que nos cuentes, oh Huésped, de su origen,
El de los griegos proceder artero,
Su insidia, sus engaños;
De tu gente las varias desventuras;
Tus propias aventuras:
Pues que llevas siete años
De andar errando con tus sacros lares
Del orbe por las tierras y los mares.

(748 - 755)



A PÉNDICE



Notas del Traductor

NO nos proponemos anotar el texto de Virgilio; trabajo que en el curso de muchos siglos se ha hecho ya por eruditos de diversos tiempos y nacionalidades.

En nuestras notas nos limitaremos a lo necesario para explicar o justificar algunos pasajes de la traducción.

I

Arma virumque cano, Troje qui primus ab oris

Italiam fato profugus laevinaque venit

Litora,

(1-3)

¿Cómo asevera Virgilio —observan algunos— que Eneas fué el primero que vino a Italia, si luego, en el mismo libro primero de su poema (242-249) dice que Antenor llegó antes a Padua?

Lo explica Servio: la región a que llegó Antenor no pertenecía entonces a Italia, cuyo límite era el río Rubicón, sino a la Galla Cisalpina, donde está Venecia; después se extendieron hasta los Alpes los límites de Italia. Tal explicación satisface por sí sola. Sin embargo, otros, para resolver la dificultad aparente, toman también en cuenta las palabras que en seguida puso el poeta: *Laevinaque venit li-*

toro; y entienden: Eneas fué el primero que desde Troya vino a Italia, a las costas del Lacio (la ciudad de Lavinia se hallaba en el Lacio). El P. La Rue escribió: *Antenor tamen prius in Italiam venit, Patavinumque condidit; sed non prius Troja profectus est, neque ad Lavinium litus venit, sed in Venetiam, ut legitur infra.* No faltan quienes, como Dubner y Benoist, prefieren dar a la palabra *primus* el significado de *antiguamente, en tiempo antiguo—prisco tempore—*; y para ello se fundan en que la circunstancia de tiempo se expresa muchas veces en latín, no por un adverbio, sino por un adjetivo unido al sujeto. Para los que prefieran esta interpretación, la versión castellana de los primeros versos sería:

*Canto empresas marciales
Y al héroe que por fuerza del destino
Huyendo desde Troya, antiguamente,
A las costas del Lacio, a Italia vino.*

II

Fato profugus.....

Con esta frase quiso expresar Virgilio, que Eneas no había salido de Troya para Italia porque hubiese cometido algún crimen, o por ambición de un nuevo imperio: idea capitalísima en el plan y fines del poema, de la cual, por lo mismo, no es posible prescindir en la traducción. Y se ha de tener presente la observación de Benoist: “No juzgo—dice—que se deba unir *fato* a *profugus* tan intimamente como lo hacen algunos intérpretes. *Fato* se refiere igualmente a *venit*; y sirve para hacer notar desde Inégo que el influjo del destino, a la vez que saca a Eneas de Troya, le lleva a Italia, a las costas de Lacio.”

III

Inferretque deos Latii..... (6)

Habla Virgilio de los dioses *penales*, como expresamente lo dice en los pasajes siguientes:

Genus inimica mihi Tyrrhenum navigat æquor
 Ilium in Italianam portans victosque *Penales*;
 (Lib. I, 67 y 68)

Sunt pius Æneas, raptos qui ex hoste *Penates*
 Classe vehe mecum, fama super æthera notas.
 (Lib. I, 378 y 379)

Advectum Ænean classi victosque *Penates*
 Inferre.....
 (Lib. VIII, 11 y 12)

IV

Albanique patres..... (7)

En los versos 826 y 827 del Libro XII, se lee:

Sit Latium, sint *Albani* per sæcula *reges*;
 Sit Romana potens Itala virtute propago:

V

Dives opum..... (14)

Literalmente: *rica en poderes, en facultades, en medios, en recursos*; que corresponde a *opulenta*, del vocablo latino *opulentia*, derivado, precisamente, de *ops-opis*, cuyo genitivo plural es *opum*. El género de riqueza expresado por la frase—*dives opum* implica, pues, la idea de *facultad de obrar, actividad*, y aun el *concepto de obras*: el sustantivo

latino *ops*-*apis* su origen de la misma raíz que el sustantivo *opus*—*operis*, obra, trabajo, industria; y hay, por tanto, mucha conexión y analogía entre los dos. Por lo cual, en la traducción de aquella frase, a *opulenta* se ha agregado *laboriosa*, calificativo que, además, corresponde muy bien a lo que Virgilio dice en seguida, *Studiisque asperissima belli*, y a la pintura que luego hace de Carlago, en la que es pincelada inmortal el célebre— *Ferret opus: hinc et trabajo*.

VI

Studiisque asperissima belli..... (14)

Asperissima, puede, en este caso, sustituirse en latín por *acerrima*: ambos adjetivos significan, *fuerte, vigoroso, rudo, tenaz, etc.* En Cicerón, por ejemplo, se lee la frase —*acerrimam bellum*, en la que *acerr* significa lo mismo que *asper* en la frase de Virgilio. Y en castellano tenemos, originado del *acerrimus* latino, el adjetivo *acérrimo*, que significa *muy fuerte, vigoroso o tenaz*; ni más ni menos que el *asperissimus* latino, en el caso actual.

Studiis belli vale por *en los usos de la guerra*; y sabido es que la profesión de la guerra o de las armas supone en quien a ella se consagra—*arte y asueta*. *Studiisque*—lo explica Ascensio—*a natura et a moribus*.

El sustantivo *studium* tiene en latín, como muchos en castellano, la particularidad de que su significado en el plural no es enteramente el mismo que en el singular. En singular significa—*ocupación, profesión, celo, ardor, cuidado, deseo, gusto, afición*: en plural, significa principalmente —*gustos, costumbres, usos, estudios*. Por esto, Servio advierte que en el pasaje que analizamos, *studiis* no ha de tomarse en el mismo sentido que *studio*: *studiis*—dice—*non studio*,

VII

Hic currus fuit. (47)

Antiguamente se atribuían a Juno dos carros: el uno, a que estaban enganchados dos pavos reales, la servía para atravesar el aire; y el otro, tirado por dos caballos, para combatir entre los mortales. Disienten los comentadores acerca de a cuál de los dos carros de la Diosa se refirió Virgilio en esta frase, con la palabra *currus*. El carro de la guerra, como uno de los principales instrumentos de ella, se comprende entre las armas de la Diosa: por consiguiente, cuando Virgilio, después de decir que Juno tenía en Cartago sus *armas*, agregó que también tenía allí su *carro* (siendo dos los de ella) quiso, sin duda, referirse al *carro alado*. Homero, en el Libro V de la *Iliada*, describe el carro de guerra.

VIII

Cum Juno aeternam servans sub pectore vulnus
Hæc secum. (36—37)

“*Secum*, seule, sans témoins (Servius: “Sine consilio”) et par conséquent en elle-même.” E. Benoist.—

IX

Unius ob noxam et furias Ajacis Oilci? (41)
Furias, insanam libidinem.—Dubner.—

X

Ipsa Jovis rapidum jaculata e nubibus ignem (42)
“*Ipsa* signilico ici non pas: elle-même, de sa propre

main, mais simplement: elle."—E. Benoist.

Pero Servio juzga de otro modo. He aquí sus palabras: "Bene *ipsa*: dulcis enim est propria manu quesita vindicta."

Dubner hace suyas estas palabras de Servio, que copia literalmente.

En la traducción, seguimos también a Servio.

XI

..... *Et quisquam nuben Junonis adorat
Præterea, aut supplex aris imponit honorem?*

(18-49)

Hemos puesto, en la traducción, el verbo *adorare* en tiempo futuro, porque, si bien se halla en presente en el texto latino, está seguido de *præterea*. Dubner dice: "Junge *adorat præterea*, id est, *adorabit*." Y Benoist: "En outre *adorat præterea* (c.—à. l.—*posthac*) équivaut a *adorabit*."

Tocante a *honorem*, leemos en el mismo Benoist: "On appelle ainsi tout ce qui s'offre en l'honneur des dieux sur leurs autels, parfums, libations, victimes." Benoist tomó esta nota literalmente de las de Dubner.

XII

*Ni faciat, mæria ne terras cælumque profundum
Quippe ferant rapidi secum verrantque per auras.*

(58-59)

El verbo *verro*, *is*, *i* o *si*, *sum*, *verre*, significa,—*arrastrar*, *llevar tras de sí*, y también *barrer*. Servio dice que en este pasaje de Virgilio debe traducirse por *llevar*; lo cual no nos parece muy exacto: hemos preferido traducirlo por *barrer*. Virgilio emplea aquí dos verbos,—*ferant* y *verrant*.

El primero significa *llevar tras sí (ferant secum)*: el segundo no puede significar lo mismo, sino algo más, *barrer*, que en castellano, en una de sus acepciones, vale precisamente lo que quiso expresar Virgilio, —*hacer desaparecer por completo una cosa* (Véase Cuervo.—Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana.—Tomo I, págs. 851 y 852). El verbo *barrer*, en la acepción castellana que acabamos de recordar, significa que una cosa, llevando, arrastrando consigo a otra, la destruye por completo.

XIII

*Hoc metuens molemque et montes insuper altos
Imposuit regemque dedit, qui fœdere certo
Et premere et laxas sciret dare jussus habenas.*

(61—63)

Por una figura poética, llamada *hendíadys*, frecuentemente expresaban en verso los latinos *una cosa* dividiéndola en dos, unidas por una conjunción copulativa. Así, el mismo Virgilio escribió, en el verso 192 del Libro II de las Geórgicas:.... *pateris libanus et auro*, por *libanus pateris aureis*. De igual modo, en el pasaje transcrito de la Eneida puso: *Imposuit insuper molem et altos montes*, por *Imposuit insuper molem altorum montium*.

Hemos traducido la frase *fœdere certo*..... por *concertado a superior mandato*, de absoluta conformidad con el sentido que la dan los comentadores. Ascensio dice: “*Fœdere, id est, pacto certo, id est, ad deo constituto*.....” Y Servio: “*Fœdere, modo lege, alias pace, quæ sit inter dimicantes*.” Benoist dice lo propio: “*Fœdere certo. Fœdas équivalent ici a lex*.”

XIV

*Quarum quo: forma pulcherrima Deiopea
Connubio Junyem stabili propriamque dicabo.....*

Deiopea, palabra de origen griego, significa, por su etimología, *de voz ardiente*. Y como en castellano pecho, en una de sus acepciones figuradas, significa *calidad de la voz*, hemos puesto en la traducción: *Mi Degopeya, la de pecho ardiente*.

Virgilio tuvo especialísimo empeño en hacer resaltar la *indisolubilidad* del matrimonio que Juno ofrecía a Éolo. Con tal propósito empleó *connubium* en vez de *conjugium*, el verbo *dicō* en vez del verbo *do*, y el adjetivo *proprium*; y todo esto, además de calificar con el adjetivo *stabili* el sustantivo *connubio*.

He aquí lo que sobre este pasaje escribió Benoist: "Tous mots employés ici ont beaucoup de force. *Connubium* dit plus que *conjugium* et marque une union légitime et indissoluble.—*Proprium* se dit des choses qu' on possède sans danger de les perdre; cf. Plaute, *Mostell.* 1, 3, 68: "Illum amatorem tibi proprium futuram in vita." Enfin le sens de *dicare* est nettement déterminé par Donat, *ad Ter. Phorum* 1, 2, 11: "Plus est *dicō* quam *do*; *dicatur* perpétuo, *datur* ad tempus." Ne semble-t-il pas que *Juno Pronuba* prononce ici la formule consacrée du mariage?"

En la traducción se ha procurado también hacer resaltar este pensamiento del poeta, de la manera más fiel y precisa que ha sido posible.

XV

*Æolus hæc contra: Tuus, o Regina, quid optes,
Explorare labor; mihi jussa capessere fas est.*

(76-77)

Explorare, que significa *examinar, inquirir, averiguar con diligencia una cosa*, supone que se trata de algo *oculto, obscuro, escondido*. Y si de ordinario el deseo, el anhelo, la voluntad íntima de una persona es aun para ella misma difícil de precisarse y definirse, lo es mucho más para quien se halla dominado por diversas pasiones, que tiran su voluntad hacia diversos fines, a las veces opuestos. Virgilio manifiesta perfecto conocimiento de este fenómeno psicológico, cuando, después de la vehemente súplica de Jano a Éolo, pone en boca de éste, como primeras palabras de su respuesta a la Diosa: *Tuus, o Regina, quid optes, explorare labor; mihi jussa capessere fas est*. Tu único cuidado, tu único trabajo, tu único empeño, sea investigar, descubrir lo que en verdad deseas: por lo que a mí toca, no tengo sino obedecer.

Hemos creído, pues, traducir estos dos exámetros, con absoluta fidelidad a la letra y al pensamiento del texto original, poniendo:

*Éolo responsable: "Tu cuidado,
Oh Reina, sólo sea
Descifrar los secretos de tu anhelo;
A mí, deber sagrado
Hacer lo que has mandado."*

Descifrar, que vale *declarar lo obscuro, intrincado y de difícil inteligencia*, es el verbo que mejor traduce, en el presente caso, el *explorare* latino. En cuanto a la segunda

parte de la frase, *mibi jussa capessere fas est*, ha habido discusiones entre los intérpretes, originadas del modo de entender la palabra *fas*. Dando a esta palabra el sentido que se la da generalmente,—*licito, justo*, algunos, entre ellos Donato, entienden: “A mí me será *licito* cumplir tus órdenes, aun cuando fueren *illicitas*; otros, como Servio, pretendiendo que por una figura usó Virgilio la forma afirmativa en vez de la negativa, toman la frase como si dijese: *Mibi jussa non capessere nefas est*, y entienden: *A mí no me es lícito no obedecer tus órdenes*. Mas, sólo con tomar en su sentido primitivo la palabra *fas*, desaparece toda dificultad. *Fas* fué primitivamente vocablo del lenguaje religioso, y significaba, *lo ordenado por la religión, ley religiosa, precepto religioso, derecho divino*, contrapuesto a *jus*, que significaba el *derecho humano*. (Véase el primer tomo del Grand Dictionnaire de la Langue Latine par le Dr. Guill. Freund traduit en français par N. Theil). Por consiguiente, la traducción literal es así: “para mí, obedecer tus mandatos, es *precepto religioso, sagrado, divino*;” o, lo que es lo mismo: “para mí, obedecer tus mandatos, es *deber sagrado*.”

Como se ve, nuestra versión es literal, y elimina toda dificultad en la interpretación del texto.

XVI

*Hæc ubi dicta, curam conversa cuspide montem
Impulit in latus:*

(81—82)

Ha habido diversidad en la inteligencia de la frase *conversa cuspide*: para unos, Virgilio se refiere con estas palabras a *la parte inferior del asta*; para otros, a *la superior*. En la traducción, hemos seguido á los segundos.

Cuspis significa la punta, el extremo agudo de las armas: en tal sentido, es claro que no puede traducirse por el regatón o cuento de la lanza o del asta. Significa también el asta misma, arma ofensiva de los antiguos romanos, compuesta de hierro, ástil y regatón: tomada en este sentido la palabra *cuspis*, la frase *conversa cuspide* significa con el asta volteada, puesta al revés; y la acción de que en el caso se trata aparece, por lo mismo, ejecutada con el extremo superior, con la punta.

Wagner escribió sobre este punto: "*Cuspide*, hasta, ut XII, 386, quam pro sceptris antiquissimi reges gestabant. Ea hasta (sive sceptro) ad montem conversa Æolus in propinqua arce habitans impellit latus ejus montis."

El verso 386 del libro XII, a que Wagner se refiere, es:

Alternos longa nitentem cuspide gressus.

Dubner dice: "Hastæ, quam pro sceptro gestabat, ut et alii dii, *parte inferiore*."

Pero Benoist les contradice en estos términos "Wagner et après lui Dubner expliquent *conversa cuspide* par *inferiore parte hasta*. Mais c'est un sens forcé que l'on donne au mot *conversa*. D'ailleurs n'est-il pas plus probable que c'est à l'extrémité supérieure du sceptre d'Éole, là où se trouve l'ornement ou le fer du sceptre, qu'est attaché le pouvoir de percer le rocher. Représentons-nous la scène: Éole est au sommet du rocher; pour en toucher le flanc de sa lance qu'il a tenue droite jusque là, il la renverse (*convertit*). C'est ainsi que plus loin, v. 482, *versa hasta* signifie une pique dont le fer est tourné en bas: cf. *Ann.*, XI, 93: "*Versis armis*."

La referencia al verso 478 (no es el 482) del Libro

I, que hace Benoist, es oportuna; porque la frase que en ese verso se halla es análoga a la que se estudia: *versa hasta* en el verso 478, corresponde muy bien a *conversa cus-pide* en el 81; y no puede significar, no significa, *la parte inferior, el cuento de la lanza*.

No sucede lo propio con la frase del verso 386 del Libro XII, a que se refiere Wagner. En aquel verso, en que Virgilio dice que Eneas, herido en la pierna, iba apoyándose a cada paso en su lanza, *cus-pide* no está acompañada de *conversa*.

XVII

..... *O terque quaterque beati,
Quis ante ora patrum Trojae sub mœnibus altis
Contigit oppetere.*

(134—136)

El verbo *oppetere* no significa simplemente *sucumbir, morir*, sino *buscar la muerte, afrontarla, arrostrarla y morir así*.

Oppeto (obp), iri, et ii, itum, 3. v, a (ob-peto), aller contre, aller au-devant, aller chercher, *affronder* (un mal, *particul. la mort*) (très-class.)—Freund.—Grand Dictionnaire de la Langue Latine.

Por eso, Dubner, anotando esta frase, puso: *Obire mortem*.

XVIII

Post mihi non simili pena commissa luctis.

(136)

La traducción literal de este verso es:

"Después me expiaréis nuestros delitos con pena sin seme-jante, sin igual.

No vemos por qué quiera darse a esta frase el sentido de que, perdonando Neptuno a los vientos la falta que habían cometido y que les echaba en cara, les amenazó sólo para el caso de que volvieran a cometerla. Lo que hizo Neptuno fué *postergar el castigo*. Tal es el sentido que estrictamente corresponde a la frase misma y a lo que la precede:

*Quos ego . . . Sed motos præstat componere fuitus.
Post mihi non simili pena commisa luetis.*

Yo a ellos . . .! (cómo los castigaré!). Mas, lo que primero importa es calmar el océano. Después me pagarán sus faltas con pena sin igual (se entiende por lo grave).

Ascensio dice:

“Non ulciscitur, sed non dimittit eos sine *meta futurore punire*, ne se invalidum demonstraret. (Sed motos præstat) Addit causam *dilute punire*.”

“No los castiga; pero no los despide sin el temor de un castigo futuro, para no mostrarse impotente. Agrega (*Sed motos præstat* etc.) La causa por la cual *posterga el castigo, dilute punire*.”

XIX

*Est in recessu longo locus: insula portum
Efficit objecta laterem, quibus omnis ab alto
Frangitur inque sinus scindit sese unda reductos.
Hinc atque hinc vasta rupes geminique minantur
In cætan scopuli, quorum sub vertice late
Æquora tuta silent; tum silvis scena cornucis
Desuper horrentique atrum nemus imminet umbra.
Fronte sub adversa scopulis pendentibus antrum,*

*Intus aquae dulces vivoque sedilia saxo,
Nympharum domus. Hic fessas non vincula naues
Ulla tenent, unco non adligat ancora morsu.*

(159 — 169)

Esta es una de las más preciosas descripciones de Virgilio en el Libro I de la Eneida. Claridad, precisión, viveza, lujo de pormenores, en medio de la más admirable parsimonia: nada le falta. Luce en ella el Poeta su profunda y sagaz observación de la naturaleza, y su maestría soberana para pintarla, por la palabra, en pocas y breves frases, llenas de verdad, de vida y colorido.

Sostienen algunos que Virgilio, en esta descripción, imitó la que había hecho Homero en el Libro XIII de la Iliada, o la del Libro IX de la Odisea. Para éstos la descripción de Virgilio fué de pura imaginación. Mas el Dr. Shaw pretende que el puerto descrito en estos versos de la Eneida existe todavía, a pequeña distancia de la antigua Cartago.

Pero sea de esto lo que fuere, por nuestra parte, según el propósito de nuestras notas, no haremos sino explicar algo respectivo a la traducción.

Est in secessu longo locus:—*Secessus, us*, sustantivo derivado del verbo *secedo* — *separarse de, alejarse, retirarse* — significa *refugio, aislamiento, soledad, cuba, silencio, lugar retirado*. *Longus, a um*, adjetivo que, en una de sus acepciones, vale por *distante, lejano, apartado, remoto*. Juntando estas dos palabras, quiso Virgilio expresar muy enfáticamente *lo apartado, lo solitario, lo escondido* del sitio que iba a describir. *Sinu secreto, golfo secreto*, dice Sorvio. Creemos haber traducido la frase latina con absoluta fidelidad y conservando, en lo posible, su enfática eficacia, con la siguiente castellana:

Escondido paraje

En soledad profunda al punto accede.

En el Diccionario de Freund, traducido al francés, se la vierte así a esta lengua: *il y a dans un profond enfoncement un lieu; ou, il y a au fond d'un lieu solitaire un endroit.*

..... *quibus omnis ab alto*

Frangitur inque sinus scindit sese iuda reductos.

Franco significa *romper, despedazar, destrozarse, hacer pedazos. Scindo*, poco más o menos, lo mismo, *hender, romper, rasgar, destrozarse, dividir*. Unidos los dos verbos en la frase copiada, expresan que las olas, al chocar con los extremos o lados de la isla, *rompiéndose, destrozándose, se dividían. Sinus*, no sólo significa *seno, cavidad*, sino también *dobladura, pliegue: reductos de velasco, volver a llevar, volver a traer, retirar*. Lo que dice Virgilio, es por tanto, que las olas, rompiéndose y dividiéndose, al chocar con los lados de la isla, volvían atrás, *retrocedían en pliegues*. Literalmente traducida la frase, sería así: *en los cuales (lados de la isla) las olas que vienen de alta mar se rompen y se dividen en pliegues, que se vuelven, que se retiran, que retroceden*. No nos parece propio ni de buen gusto traducir *sinus reductos* por *senos reducidos*. En nuestra versión, hemos puesto:

Estalló en sus costados

Del mar el oleaje,

Y al choque en ellos cierto

En pliegues ondulantes retrocede.

Benoist dice: "*Sinus reductos.—Les flots qui pourraient pénétrer dans le port viennent se briser sur le rivage extérieur de l'île et forment des replis sinueux qui sont ramenés dans la mer.*"

..... *tum sibiis scena coruscis*
Desuper horrentique atrum nensus imminet umbra.

De las diversas acepciones de *tum* la que corresponde a este pasaje es la de *además*. *Scena* no sólo significa *escena, teatro, etc.* sino también *sombra*. (Véase el Diccionario Clásico-Etimológico Latino Español del Dr. Francisco A. Commelerán y Gómez, de la Real Academia Española. Madrid 1907) Servio explica el origen de este significado de la palabra latina *scena*: "*Secna: Inumbratio Apud antiquos. n. theatral scena parietem non habuit, sed de frondibus umbracula querebant.*" *Coruscus*, *a, um* es adjetivo que, si bien en una de sus acepciones significa *brillante, resplandeciente, fulgurante*, en otra vale *por que se agita, temblante, oscilante, que se bambolea, vibrante, etc.* En la descripción de Virgilio caben ambas significaciones, que de suyo, lejos de ser extrañas, tienen mucha relación entre sí; pues, *lo que se agita, lo trémulo, lo que vibra*, produce juegos y cambios de luz, y es por ello muchas veces, *fulgurante, rutilante*. En *sibiis coruscis*, hay, además, la idea de *sebra* que estando en movimiento, *agitado*, deja pasar los rayos de la luz por entre las ramas que se agitan. Todo esto excluye la idea de *bosque espeso, cerrado*, y nos da la de un conjunto de arbustos ligeros que, cimbreados al viento, dejan pasar los rayos de la luz por entre sus ramas agitadas y así proyectan *sombra ligera, no sombra oscura, negra*. Benoist dice: "*Silvis coruscis. Des forêts agitées par le vent, où la lumière brille à travers les intervalles laissés par*

le feuillage. Le sens primitif de *coruscus* est précisément: agité, tremblant, tremulus. Mais cette agitation même produit des jeux de lumière. De là *coruscus*, dans le sens de: brillant, étincelant. L'expression a dans Virgile une propriété bien remarquable, puis qu'elle est prise dans son sens le plus précis, tandis que la place que le poète a su lui donner, fait concevoir le sens le plus étendu."

No cabe, pues, dudar de que la frase *scena silvis coruscis* expresa una *sombra ligera*.

Horrentique atram nemus imminet umbra: aquí si está el monte espeso, el bosque negro, con su sombra oscura, tenebrosa. *Nemusque atrum*, y el bosque negro; *imminet*, que está suspendido, que casi la toca (al agua); *horrenti umbra*, con su tenebrosa sombra. El verbo *immineo*, *es, ere*, significa *estar suspendido sobre*; y además, *tocar casi a, estar ya cerca de, etc.* En el caso de que tratamos le corresponden todos estos sentidos perfectamente.

Es, por lo visto, notorio que Virgilio, en este su hermosísimo cuadro, puso a la bahía que describe *dos sombras*: la una, *sombra ligera*, que de lo alto proyectaban los arbutos agitados por el viento, dejando pasar por entre sus ramas los rayos del sol; la otra, *sombra tenebrosa del bosque negro* que estaba pendiente sobre las aguas, que casi tocaba a ellas: la una que se proyectaría a alguna distancia de la ribera, como originada de lo alto; la otra, muy cerca, como producida por el bosque que se estaba pendiente sobre las aguas, casi tocándolas.

Y que Virgilio supuso que abajo había un bosque negro de sombra tenebrosa — *nemus atrum horrenti umbra* —, lo confirma la frase de los exámetros 310 — 312:

*Classem in convexo nemorum sub rupe cavata
Arboribus clausam circum atque horrentibus antris
Occulit*

Frase que, con absoluta fidelidad, hemos traducido literalmente:

*El mismo en nemorosa
Cáncara, bajo roca socavada,
Ocultó su flotilla, circundada
Por árboles y sombra tenebrasa.*

No se explica que los traductores hayan confundido en una sola pincelada las dos pinceladas maestras de Virgilio, poniendo así algo como un horrón en el hermosísimo cuadro. Y menos se explican otras extravagancias, que nada tienen que ver con el texto del Poeta.

XX

*Nucem in conspectu nullam, tres litore cervos
Prospicit errantes; hos tota armenta sequuntur
A tergo et longum per valles pascitur agmen.*

(184—185)

Al traducir estos versos, confunden algunos el grupo de ciervos que siguen a los tres que van delante (*hos tota armenta sequuntur*) y los que atrás, en larga hilera, pascen en los valles (*a tergo et longum per valles pascitur agmen*).

Ascensio, censurando aquella confusión, contraria al texto, dice: *A tergo sequuntur, error est interpretantium. Nam tres cervos in litore sequebantur armenta; alii per valles a tergo pascebantur. Ita ergo legitur. Prospicit tres cervos, et hos se-*

*quantur tota armenta. A tergo vero longam aquæa pascitur.
Ergo illi errabant, hic pascebantur.*

XXI

Postquam exempta famés epulis mensaque remote

(216)

Es claro que no usaron mesas en esta comida que hicieron sobre la hierba. Esto no obstante, se explica muy bien que Virgilio haya empleado las palabras *mensaque remota*; pues con tal locución se expresaba ordinariamente el término de la comida. "Ils n'avaient point de tables dans ce repas pris sur l'herbe; mais c'est ici une formule ordinaire pour signifier que le repas est terminé." Benoist.

XXII

Et jam finis erat.

(221)

Expresión elíptica. *Y ya era el fin.* De qué? *Vel fubularum, vel dici,* dice Servio. *Cena, colloqui, dici,* escribe el Padre La Bae. *Finis erat,* horum sermonum, explica Dabner, y lo propio repite Benoist. De conformidad con estas explicaciones, hemos traducido:

Ya todo finaliza con la tarde.

XXIII

*Aspice bis senos letantes agmine cycnos,
Ætheria quos lapsa plaga jovis alis aperto
Pavebat caela; nunc terras ordiæ longo
Aut capere, aut captas jam despectare videntur.
Ut credentes illi ludunt stridentibus alis,
Et cæta cinxere polum cantusque dedere.*

(300--308)

Se ha monester sumo cuidado para conservar, en la traducción de este pasaje, los diversos cuadros que en tan pocos versos pinta Virgilio, con admirable rapidez. En tres situaciones presenta Venus a Eneas el grupo de los doce cisnes: como estaban cuando le llama la atención a que los contemple: la dispersión de ellos por el águila; y, por último, lo que hicieron a la vuelta.

El momento en que la Diosa invita a Eneas a mirarlos, se hallaban *volando en larga hilera: escogiendo unos suelo en que posarse; y oteando otros, de lo alto, el que ya habían elegido.*

La dispersión, es una pinselada rapidísima:

Ætheria quos lapsa plaga Jovis aperto

Turbabat celo:

A los que una águila lanzada de la región etérea desbandó en el cielo despejado.

Y cuando volvieron, ¿qué hacían, antes de ponerse en larga hilera, a escoger unos suelo y a otear otros el que ya habían elegido? *Jugaban con las alas estridentes, y volaban en círculo, y cantaban:*

Ut reduces illi ludunt stridentibus alis,

Et cætu cinxere pobum cantusque dedere.

El volar en círculo, el cantar, el jugar con las alas estridentes, no lo hacían cuando Venus llamaba la atención de Eneas a que los viese, ni podían hacerlo; porque entonces estaban en *larga hilera, escogiendo unos suelo, y otros oteando el ya elegido.*

Hay quien distinga aun el tiempo del juego con las alas y el del vuelo en círculo y el canto, fundándose en que

cincere y *dedere* son pretéritos y *ludunt* presente; pero esta distinción nos parece rebuscada y sin objeto: la diferencia de tiempos en los tres verbos no es sino material y por figura debido a la exigencia de la métrica: muy sabido es que muchas veces, aun en prosa, se usa el *presente* por el *pasado*. Lo que de veras importa es no considerar como verificándose el momento en que habla Venus las acciones que aquellos tres verbos expresan, como malamente lo hacen algunos traductores.

Benoist dice: *C'est avant de chercher à se poser qu' ils ont volé en cercle et fait entendre leur chant.*

Nosotros hemos traducido así:

*De doce cisnes mira aquel abuelo
Grupo afanarse con alegre vuelo:
De la región del éter disparada
Una águila, en el ciclo despejada
Les puso en desbandada;
Pero volvieron, y oru en largu hilera
Únos eligen, a posarse, suelo,
Y otros otoran desde la alta esfera
El que eligió su anhelo.
Y j cómo, retornados, de su espanto,
Jugaban con sus alas estridentes,
En círculo volando la bandada,
Que ya se daba al canto!*

XXIV

Sunt lacrimae rerum.

(461)

Frase intraducible! Frase que en la propia lengua en que la escribió el Poeta expresa mucho más de lo que dice:

pensamiento que se siente, pero que no puede precisarse en lengua alguna, porque excede, en su indefinida universalidad, los límites de toda frase: *sunt lacrimae rerum!*, ¿Cómo lloran las cosas?

He ahí la más acabada manifestación de esa misteriosa *correspondencia o afinidad de los seres*, que en castellano se llama *simpatía*. *Sunt lacrimae rerum: es el lamento de la correspondencia de todos los seres*: la nota de la *simpatía*, del *concerto universal*, vivificado para el hombre por el alma humana misma, que subordina a su propio sentimiento aun la necesaria pasividad de la naturaleza inanimada.

¡Cuán bien lo entienden y lo sienten los poetas que lo son de veras! ¡Cuán bien lo supo expresar un muy castizo español de nuestros días, Ricardo León, en las inspiradas estrofas que tienen por título la intraducible frase de Virgilio, y por alma su trascendentalísimo pensamiento!

.....
*¡Cuánta pena, cuánto amor
 en el mundo! ¡Cuán piadosas,
 con qué divino pudor,
 contemplan nuestro dolor
 los semblantes de las cosas!*

*¿Quién dijo que, indiferentes,
 nos ven vivir y llorar?
 Sufridas y reverentes,
 son como estatuas juveniles
 puestas al pie de un altar.*

.....
*¡Que aun lo inerte y material
 tiene rasgos de pasión,
 chispas de luz inmortal*

y una profunda expresión
de vida espiritual!

Y en *Valle de Soledad* exclama el mismo Poeta:

*Que no hay nada insensible en el profundo
pílagos de las cosas: todo clama
con un acento universal rotundo;
y es un inmenso corazón el mundo
que late y sufre y compadece y ama.*

XXV

..... *Hinc cervixque comæque trahuntur
Per terram et versa pulvis inscribitur hasta.*

(177 -478)

¿A qué lanza se refiere el último exámetro? ¿A la propia de Troilo, como que éste la conservara todavía en la mano, y la llevara, volteada, arrastrándola por el suelo? ¿O más bien, a la con que el enemigo le atravesara el pecho, y cuya punta iría surcando la tierra, puesto que a Troilo le arrastraban sus caballos, *pendiente del carro vacío, boca arriba, resupinus?*

Disienten los intérpretes. Servio afirma lo segundo, y le siguen muchos: "Hasta dico *-hostili, quam transfixus traherebat*. Entre los modernos que sostienen lo primero, se cuenta Benoist, quien, para sostenerlo, se funda en que el sustantivo *hasta* se halla acompañado del adjetivo *versa*: ¿Qué significaría, entonces, *versa*? pregunta. A lo que es fácil responder: significaría *invertida, volteada*, como supino del verbo *verto*; o significaría *arrastrada*, como supino del verbo *verro*. Si Troilo iba cehado de espaldas, boca arriba, es claro que la lanza que, atravesándole el pecho, fuera surcando la tierra, llevaría la punta abajo, esto es, iría *volteada, invertida*.

Para rechazar la opinión de los que sostienen que la lanza era la propia de Troilo, si hay la razón incontestable de que Virgilio empieza el cuadro asegurando que Troilo había perdido ya sus armas: *fugiens amissis Troilus armis*.

Ascensio dice: . . . *et pulvis inscribitur, id est sulcatur, et dilaceratur. Hasta, scilicet, qua traiectus erat, nam dictum est q. fugit armis amissis. Versa, id est tracta, et ducta in longum, a verro, et non a vertor.*

Versa puede ser el supino de *verto* - *voltear*, y el de *verro* - *arrastrar*, y uno u otro sentido se compadeció perfectamente con el que dan a la frase que analizamos los que la entienden como que se refiere a la lanza enemiga que atravesaba el pecho de Troilo.

XXVI

*In freta dum fluvii current, dum montibus umbra
Lustrabunt convexa, polus dum sidera pascet,
Semper honos nomenque tuum laudesque manebunt*

(607 - 608)

Lustro, *as*, *are*, en su sentido primitivo y propio, significa *purificar por un sacrificio expiatorio*. Y como las purificaciones o lastraciones de los campos o de las ciudades se hacían dándose vueltas al rededor de ellos, el verbo *lustrare*, en una de sus acepciones figuradas, significa *recorrer, andar en torno, girar al rededor de . . . etc., etc.*

Convexa, cuyo sentido propio es el de *convexidades*, esto es, *las prominencias de la superficie circular de un cuerpo más elevada en el centro que en la orilla, u la cual descende progresivamente, como sucede en el segmento de la esfera por su parte exterior*, en el caso actual, traducido literalmente, da— *los cúlmenes, las eminencias de los montes*.

Y puesto que *sombras* es lo mismo, ni más ni menos,

que espacios sombríos; resulta que es completamente literal la traducción que hemos hecho de la frase *dum montibus umbra lustrant convexa*: mientras los espacios sombríos (las sombras) giran en torno a la eminencia de los montes. Siguiendo el movimiento del sol al rededor de la tierra, como pensaban los antiguos, o el de la tierra al rededor del sol, como enseña la ciencia desde Galileo, espacios de sombra van girando al rededor de los cúlmenes o cimas de los montes. Y este fenómeno de la naturaleza, permanente, necesario, como efecto de una de las leyes fundamentales del universo, es el que quiso expresar Virgilio, en junta de otros dos igualmente necesarios y permanentes, el que los ríos lleven sus aguas al mar, y el que las estrellas subsistan en el cielo. Pensaban los antiguos que el cielo alimentaba a las estrellas con los vapores de agua que a él subían: de ahí la frase *palus dum sidera pascet*. Cicerón dice: *Sunt autem stellae natura flammæ: quæ circa terræ, maris, aquarum vaporibus aluntur iis, qui a sole ex agris tepidatis et ex aquis exsulantur.* (De Natura Deorum): Son las estrellas de la naturaleza de la llama; por lo cual se alimentan de los vapores de la tierra, del mar y de las aguas, que emanan de los campos y de las aguas calentados por el sol.

XXVII

*Postquam prima quies epulis mesorquæ remota,
Crateras magnas statuunt et vina coronant.*

(723—724)

Los antiguos romanos dividían los banquetes en dos partes, que llamaban *primera y segunda mesa*: servíanse en la segunda los manjares más delicados y los mejores vinos, para las libaciones.

Selon la coutume romaine, Virgile suppose qu' on enlève

les mets placés sur les tables, et c'est ce que signifie mensae remota, et qu' on apporte le second service où paraissaient les vins et où se faisoient les libations (Benoist).

Nos parece, pues, haber traducido con exactitud y propiedad, *mensae remota* por *levantado el servicio*. La palabra *servicio*, entre otros significados, tiene también éstos: "el cubierto que se pone en la mesa para cada uno de los que han de comer"—*utensilia singulis praudentibus apposita*: "el conjunto de vajilla y otras cosas para servir la comida, el café o el té"—*mensae vasarium*: cubierto, por "el conjunto de viandas que se ponen a un tiempo en la mesa, y en este sentido se dice, *prima aut secunda mensa, primi cibi, secundae, etc.* (Vicente Salvá.—Diccionario).

XXVIII

..... *Ille impiger hausit*
Spumantem pateram et pleno se proluit auro.

(736—739)

Aquí hay dos acciones: la una expresada por *hausit impiger*; y la otra, por *proluit se*.

Hausit impiger, agotó prontamente, al instante, de una vez, que en castellano se dice *de un sorbo*: en esto no hay dificultad alguna.

No así en lo otro, en lo de *proluit se pleno auro*. Y la dificultad no proviene de que se haya tomado el oro de que la copa estaba hecha por *la copa misma*, sino de los diversos significados del verbo *proluo*. Significa *recluzar*, hablándose de las olas. Significa *lavar, limpiar, bañar, rociar*. Significa *engullir, tragar, consumir, gustar*. Por último, a más de otros significados que de ninguna manera corresponden al caso, tiene, en poesía, el de *refrescarse, detei-*

tarse bebiendo; lo cual, en buen castellano, se dice muy bien—*regatarse bebiendo*. Y tal es, sin duda, el sentido en que lo empleó Virgilio en la frase que estudiamos en esta última nota.

En el propio sentido lo usó Horacio en los versos 25 y 26 de la Sat. IV del Lib. II:

..... *leni præcordia mulso*
Protueris melius.

Más bien *refrescaras las entrañas con suave, inofensivo vino mezclado con miel*.

Theil, en la ya citada traducción del Diccionario de Freund, enseña que el verbo latino *protua*, en poesía, significa *humecter en buccit*. Y el francés *humecter*, en el sentido de *beber*, no significa *beber para satisfacer la sed*, sino *beber para refrescarse, para deleitarse: refrescarse, deleitarse, bebiendo*; a diferencia de *se désaltérer*, que es *beber para satisfacer la sed*.

"*Humecter*.—*Rafraichir*. S' humecter la poitrine. S' humecter le gosier, boire. (Littré. —Dictionnaire de la Langue Française).

Se désaltérer.—*Satisfaire sa soif, boire*. Un agueau se désaltérail dans le courant d'une onde pure, *La Font. Fabl. I, 10*. (Littré.—Obra citada).

Si traducimos *se probat* por *se cació*, nada agregamos a lo expresado por *hausit*.

Si lo tradujéramos por *se bañó el rostro, se sopió o se regó el vino en la cara*, nos quedaría el escrúpulo, por decir lo menos, de haber puesto algo que de ningún modo correspondiese al decoro de las circunstancias y de los personajes de la escena que Virgilio pinta, ni al exquisito gusto y refinada entera del Poeta.